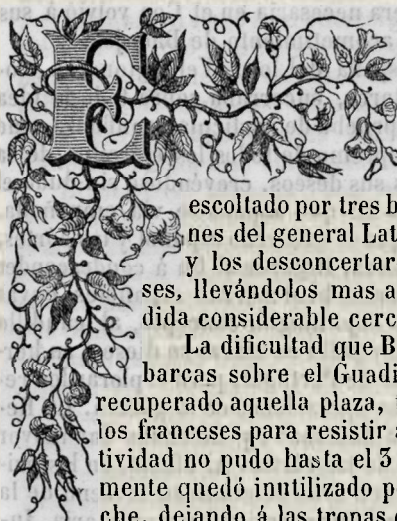


CAPITULO XVIII.

Estremadura.—Ocupa Beresford á Campomayor.—El general Castaños toma el mando del 5.º ejército.—Entra este general en las plazas de Alburquerque y Valencia de Alcántara.—Sagacidad de Castaños.—Entabla comunicaciones con Wellington.—Reparan los franceses las plazas de Estremadura.—Rendicion de Olivenza.—Wellington en Estremadura.—Intenta tomar á Badajoz.—Encomienda el sitio á Beresford.—Regresa Wellington á Portugal.—Principal idea de su venida á España.—Solicitud del embajador británico.—La rechaza la Regencia de acuerdo con las córtes.—Posiciones del ejército de Massena en España.—Pretende socorrer á Almeida.—Batalla de Fuentes de Oñoro.—Abandonan los franceses á Almeida.—Massena entrega el mando al mariscal Marmont.—Parte otra vez Wellington para Estremadura.—Sitio de Badajoz.—Blake y Ballesteros en Estremadura.—Plan de campaña presentado por Wellington.—Lo aprueban los generales españoles.—Llega Soult á Estremadura con nuevas tropas.—Se levanta el sitio de Badajoz.—Situación de la Albuera.—Posiciones de las fuerzas aliadas.—Manda en gefe Beresford.—Batalla de la Albuera.—Resoluciones de las córtes y la Regencia.—Acuerdo del parlamento ingles.—Parte Beresford á Lisboa y toma el mando de su division el general Hill.—Segundo sitio de Badajoz.—Desgraciados asaltos dados por los ingleses.—Ofuscacion de lord Wellington.—Gran quema en los campos de Badajoz.—Operaciones de Marmont.—Se levanta el sitio de Badajoz.—Replégase Wellington sobre Yelves.—Entrevista de los mariscales Soult y Marmont.—Sepárase Blake de Wellington.—Su vana tentativa sobre Niebla.—Vuelve á Cádiz.—Marcha Soult á Sevilla.—Correría de D. Pablo Morillo.—Nuevas proposiciones de Marmont.—El ejército aliado vuelve á sus antiguos puntos.—Quedan suspendidas las operaciones en Estremadura.



El cuerpo del ejército aliado que á las órdenes del mariscal Beresford habia entrado en Estremadura ocupó el 25 de marzo á Campomayor, cuya plaza abandonaron los franceses el mismo dia retirándose sobre Badajoz con un gran convoy

escortado por tres batallones de infantería y 900 caballos, á las ordenes del general Latour Malbourg. Los aliados atacaron estas fuerzas y los desconcertaron, mas el ardor de los ginetes anglo-portugueses, llevándolos mas allá de donde debieran, les hizo sufrir una pérdida considerable cerca de los muros de Badajoz.

La dificultad que Beresford experimentó para echar un puente de barcas sobre el Guadiana, le privó la gloria de poder haber quizás recuperado aquella plaza, todavia con las brechas abiertas y desprevenidos los franceses para resistir á fuerzas tan respetables. Pero á pesar de su actividad no pudo hasta el 3 de abril concluir el puente, el que desgraciadamente quedó inutilizado por una creciente que sobrevino en la misma noche, dejando á las tropas de Beresford precisadas á cruzar el rio en balsas, penosa faena empezada el 5 y no concluida hasta el mediodia del 8.

Por el mismo tiempo la Regencia de España confirió el mando del 5.º ejército, ó de Estremadura, á D. Francisco Javier Castaños, y este general, despues de ocupar las plazas de Alburquerque y Valencia de Alcántara, igualmente desampara-

das por los franceses, dividió las reliquias de su ejército en dos trozos, poniendo el uno á las órdenes de D. Pablo Morillo y el otro á las de D. Carlos España, y encargando la caballería al conde Penne Villemur.

El general Castaños, cuya sagacidad (si no digna de imitarse en todo no por eso escasa de mérito) lo ha sacado siempre airoso en el dilatado curso de su larga carrera, penetrado desde luego de las orgullosas y solapadas miras del lord Wellington, procuró grangearse desde luego su voluntad entablado con él una correspondencia mas cortesana que militar, con la cual logró completamente su objeto.

La presencia de las tropas británicas en Estremadura indicó á los franceses el peligro que los amenazaba, y les hizo emplear la mas activa diligencia en reparar las plazas y en avituallarlas y ponerlas á cubierto de toda sorpresa. El 5.º cuerpo frances, destinado á obrar en Estremadura, estaba regido por el general Latour Malbourg, en lugar del mariscal Mortier, que habia pasado con licencia á Francia.

Beresford, despues de pasar el Guadiana, intimó el 19 de abril la rendicion á Olivenza, y vista la repulsa del gobernador empezó á cañonearla con artillería de grueso calibre, tras lo cual, dejando encargado del sitio al general Cole, marchó á apostarse en la Albuera para cortar la comunicacion entre Badajoz y el ejército enemigo, replegado en Llerena. Castaños por la derecha del Guadiana continuó favoreciendo las operaciones británicas, haciendo Ballesteros lo mismo por el lado del Frejenal.

La plaza de Olivenza, despues de tener abierta brecha, se rindió al vencedor el 15, quedando prisioneros 570 franceses que la guarnecian. Inmediatamente pasó el ejército ingles por el puente de barcas construido en Jurumeña y dirigióse á Zafra, resguardada siempre su izquierda por el general Castaños, cuya caballería avanzó á Llerena, retrocediendo el 18 Latour Malbourg á Guadacanal.

El general Wellington dejando encargado del mando interino del ejército aliado de Portugal á sir Brent Spencer para pasar á Estremadura á combinar las operaciones, llegó en aquellos dias á Yelves é hizo un reconocimiento sobre Badajoz. Su objeto era recuperar la plaza antes que pudiera ser socorrida por Soult. En su consecuencia aprobó el plan presentado por el comandante de ingenieros ingles para acometer el fuerte de San Cristóbal, como el medio mas seguro de conseguir la reconquista de la plaza. Pero como su presencia era necesaria en el Coa volvió á sus cuarteles, dejando encomendado á Beresford el acometimiento de Badajoz.

Aunque el objeto ostensible de la venida á España del lord Wellington era, como hemos dicho, combinar las operaciones militares, encerraba sobre todo la idea de recibir del gobierno español alguna especial prueba de particular confianza, que le allanara el camino para obtener el mando supremo de todos los ejércitos de la Península: predilecto fin al cual se dirigian todos sus deseos, creyéndose sin duda el único capaz de llevar á cabo la gloriosa empresa en que España se via empeñada. No estrañamos estas miras en él; estrañamos sí que el gobierno español y las córtes, despues de haberlas rechazado con nacional firmeza, llegaron al fin á condescender con ellas, sin meditar el agravio que hacian á tantos beneméritos españoles, cuyas eminentes cualidades nada les dejaban envidiar, bajo ningun concepto, al caudillo británico. El ministro ingles sir Enrique Wellesley pidió en marzo se diese á su hermano el mando militar de las provincias aledañas de Portugal, para explorar los recursos que ofrecian y combinar acertadamente las operaciones de la guerra. La Regencia oyó con el mayor disgusto tan inesperada demanda, y deseando dar mayor fuerza á su dictámen, trató de autorizarlo con el de las córtes. Al afecto, en los primeros dias de abril pasó en cuerpo una noche con gran solemnidad al seno de la asamblea, habiendo de antemano pedido que se celebrase sesion estraordinaria. Indicaba asunto de importancia tan desusado modo de proceder, porque nunca se correspondian entre sí las córtes y la potestad ejecutiva, sino por medio de oficios, ó de los secretarios del despacho. Entró, pues, en el salon la Regencia, y refiriendo de palabra el señor Blake la pretension de los ingleses, espuso varias razones para no

acceder á ella, conceptuándola contraria á la independencia y honor nacional, y añadiendo que antes dejaria su puesto que consentir tamaña humillacion. Entonces, poniéndose en pie los otros dos regentes, á saber, los señores Agar y Ciscar, repitieron las mismas espresiones con tono firme y decidido. Las córtes, interpretando dignamente la opinion de la pundonorosa nacion que representaban (¡asi hubieran hecho siempre lo mismo!), aplaudieron la resolucion de la Regencia y diéronla entera aprobacion.

La conducta de los regentes en esta ocasion será siempre encomiada por la historia, siendo inútil la cavilosidad de los que pretenden buscar el motivo de tal determinacion en el origen irlandés de Blake, ó en la profesion de los señores Agar y Ciscar, bastando para comprenderla ponerse la mano en el pecho todo el que haya nacido español. La solicitud del inglés nos era á todas luces degradante, y siendo rechazable en todos tiempos, debia serlo con mayor razon cuando tan recientes estaban el suceso de la Barrosa y la obstinacion en no socorrer á Badajoz, contra cuya omision habian clamado hasta los mismos ingleses que examinaron el suceso á la luz de la imparcialidad.

El mariscal Massena al entrar en España para dar á su ejército el descanso que tanto necesitaba, lo acantonó en las cercanias de Salamanca, estendiendo sus destacamentos hasta Zamora y Toro, dejando solo una division del 6.º cuerpo cerca de Ciudad-Rodrigo, y el 9.º en San Felices en observacion del ejército aliado. Inquietaba mucho al mariscal el estado de Almeida, falta de viveres y estrechamente bloqueada por los ingleses. Determinado á socorrer esta plaza, preparó un abundante convoy, y dejando todos los soldados que de resultas de la trabajosa espedicion del Portugal estaban imposibilitados para el servicio activo, llenó hasta donde pudo sus huecos con algunas de las tropas apostadas en Castilla, entre las que brillaba un hermoso cuerpo de artillería y caballería de la guardia imperial, cuya tropa le cedió el mariscal Bessieres, gefe del ejército francés que se llamaba del norte, y cuyo yugo oprimia á Castilla la Vieja y las provincias Vascongadas. Con este refuerzo reunió Massena un lucido ejército de 40,000 infantes y mas de 5,000 caballos, olvidado ya de los pasados trabajos. Con él salió nuevamente á campaña el activo mariscal, que batallando ahora contra la suerte poco debia prometerse ya de sus indisputables talentos.

Wellington llegó á su cuartel general de Portugal el 28 de abril, y recojiendo su ejército lo situó entre el rio Doscasas y el Turones, estendiendo su gente por un espacio de cerca de dos leguas. Sus fuerzas ascenderian á unos 54,000 infantes, 1,500 caballos y 45 cañones, pues debe tenerse presente habia desmembrado de él las divisiones que operaban en Estremadura con Beresford y fuerzas que sitiaban á Almeida, hallándose empleadas algunas otras en diferentes comisiones.

El mariscal Massena, con la idea de abastecer á Almeida, se presentó delante del enemigo, llamándole á una accion si era posible. Wellington, cuya escésiva prudencia nos ha escandalizado antes, olvidóse de ella en esta ocasion, y á pesar de sus inferiores fuerzas determinóse á empeñar combate. Los franceses acometieron el 3 de mayo el pueblo de Fuentes de Oñoro, que era la derecha del ejército aliado, y la componian las divisiones primera, tercera y sétima. Reñido fué el choque en este punto; siendo desalojados de él los ingleses, los cuales á su vez volvieron á recuperarlo, obligando á los enemigos á repasar el rio Doscasas. En los demas puntos de la linea demasiado larga que ocupaba el ejército aliado, se escaramuzó tambien fuertemente, viéndose las tropas ligeras inglesas precisadas á marchar precipitadamente á reforzar el centro. Massena llegó el 4 con la hermosa division de la guardia imperial que conducia Bessieres, y desdeluego se conoció su intencion de atravesar el Doscasas por Pozovelo, y enseñorearse de la altura de Navavel que lo domina todo. La del inglés era conservar su comunicacion con la ribera izquierda del Coa y el bloqueo de Almeida, á cuyo último objeto se concretó despues. Para llenar el suyo el mariscal francés, cifró todo su empeño en la toma de Fuentes de Oñoro, y no habiendo podido conseguir el dia 5, tuvo que repasar el Doscasas



COMBATE DE FUENTES DE OÑORO.

y renunciar á la esperanza de socorrer á Almeida. Tal fué la única ventaja que reportó el ejército aliado de la porfiada batalla de Fuentes de Oñoro. Massena permaneció en sus posiciones el 6 y el 7, retirándose el 8, y atravesó el 10 el Agueda sin ser molestado. En el mismo día evacuaron á Almeida los franceses por orden de Massena, destruyendo antes las fortificaciones; tras lo cual, guiados por su valiente gobernador el general Breunier, hallaron medio de traspasar las dos líneas enemigas que les circunvalaban, y pasando el Agueda, se unieron á las tropas de Reynier.

Napoléon, en cuyos cálculos pesaba mucho la buena ó mala suerte de sus mariscales, relevó del mando á Massena, encargándose de su ejército el mariscal Marmont, duque de Ragusa: Junot y Loison marcharon á Francia, y Drouet, con los 10 á 11,000 hombres que le restaban del 9.º cuerpo, partió á Andalucía y Estremadura.

El nuevo gefe acantonó su ejército en las orillas del Tormes, y solo dejó una parte entre este rio y el Agueda, proponiéndose, como nuevo caudillo, variar en todo el plan de su antecesor. Veremos si sus medidas hacen arrepentir al emperador de su resolución inmediata.

Wellington, á quien los halagos de la fortuna comenzaban á hacer mas activo, acampó el grueso de sus tropas desde el Coa al Doscasas, y á la cabeza de dos fuertes divisiones de ellas marchó el 16 del mismo mayo á Estremadura, sabedor de que Soult venia sobre aquella provincia con bastantes fuerzas.

El mariscal Beresford habia embestido la plaza de Badajoz el 4 de mayo, por la izquierda del Guadiana, con 5,000 hombres de sus tropas, y á mas la primera division del 5.º ejército español, bajo el mando de D. Carlos España. El 8 lo verificó por la márgen derecha, completando así el acordonamiento de la plaza, decidiendo abrir aquella misma noche la trinchera por delante de San Cristóbal, punto señalado para el principal ataque. Siendo aquel el primer sitio que los ingleses emprendian en España, no es extraño que sus ingenieros no se mostraran muy prácticos, mayormente careciendo para ello de muchas cosas necesarias.

Los anglo-portugueses se disponian al mismo tiempo á obrar ofensivamente contra el ejército enemigo en la misma Estremadura; pero para ello aguardaban apoyo de parte de los españoles, y conociendo no era de importancia el que podia ofrecerles el general Castaños, ateniáanse á la llegada de otras fuerzas. Estas eran las de Ballesteros y una espedicion que dió la vela de Cádiz el 16 de abril.



Perez lit.

Lit. de F. Perez l'Honon.

MARMONT.



Iba esta mandada por D. Joaquin Blake, presidente de la Regencia, para lo cual obtuvo especial permiso de las córtes, vedando el reglamento dado al poder ejecutivo que mandase ninguno de sus individuos la fuerza armada. Blake desembarcó en el condado de Niebla el 18 de abril y marchó por la sierra de Estremadura. Allí se unió con la division de D. Francisco Ballesteros; hallándose todo el cuerpo expedicionario acantonado el 7 de mayo en Fregenal y en Monasterio. Dicho cuerpo se componia de las divisiones tercera y cuarta del 4.º ejército y de una vanguardia. Esta la mandaba D. José de Lardizabal; la tercera division era la de D. Francisco Ballesteros, mandada por él mismo; la cuarta la dirigia D. José de Zayas, mientras la caballeria estaba á cargo de D. Casimiro Loi, rompiendo al todo unos 12,000 hombres, entre ellos 1,200 caballos con 12 piezas. Ejercia la funcion de gefe de estado mayor D. Antonio Burriel, oficial sabio y amigo particular de D. Joaquin Blake.

Luego que entró Wellington en Yelves quiso ponerse de acuerdo con los generales españoles sobre el plan de campaña; pero no siéndole posible á Castaños atravesar el Guadiana, á causa de una repentina avenida que se llevó el puente establecido frente de Jurumeña, le envió Wellington una memoria comprensiva de los principales puntos en que deseaba convenirse y eran los siguientes: 1.º que Blake á su llegada se situaria en Jerez de los Caballeros, poniendo sobre su izquierda en Burguillos á Ballesteros: 2.º que la caballeria del 5.º ejército se apostaria en Llerena para observar el camino de Gualdacañal y comunicar con el dicho Ballesteros por Zafra: 3.º que Castaños se mantendria con su infanteria en Mérida para apoyar sus ginetes, escepto la division de España, reservada al asedio de Badajoz; y 4.º que el ejército británico se alojaria en una segunda línea, debiendo en caso de batalla unirse todas las fuerzas en la Albuera, como centro de los caminos que de Andalucía se dirigen á Badajoz.

En la misma memoria indicaba tambien Wellington que si se juntaban para presentar la batalla diversos cuerpos de los aliados, tomaria la direccion el general mas autorizado por su antigüedad y graduacion militar. Obsequio en realidad hecho á Castaños, á quien, en tal caso, correspondia el mando; pero obsequio que él con no menor delicadeza y loable prudencia rehusó, sustituyendo á lo propuesto que gobernaria en gefe, llegado el momento, el general que concurriese con mayores fuerzas: alteracion que mereció la aprobacion de todos. En los demas puntos se conformaron los generales españoles al plan de Wellington.

Resuelto el mariscal Soult á socorrer á Badajoz, despues de tomar en Andalucía todas las precauciones oportunas, salió de Sevilla el 10 de mayo con 50 cañones, 3,000 dragones, una division de infanteria reforzada por un batallon de granaderos perteneciente al cuerpo que mandaba Victor, y dos regimientos de caballeria ligera que lo eran del de Sebastiani. Estas fuerzas, unidas á las que se fueron reuniendo en el camino, llegaron á componer un ejército de 20,000 infantes, 5,000 caballos y 40 cañones. El general Latour Malbourg tomó el mando de la caballeria pesada, y el del 5.º cuerpo el general Girard. Este ejército sentó el dia 14 su cuartel general en Villafranca.

Poco habia adelantado entretanto Beresford en el sitio de Badajoz. Philippon, que gobernaba en esta plaza, era demasiado militar para dejar de inutilizar la inesperienza y los débiles esfuerzos de los ingenieros ingleses; y asi fué que al saber el mariscal Beresford la aproximacion de Soult levantó el sitio la noche del 15, habiendo perdido en él los aliados unos 700 hombres entre muertos y heridos.

Puesto de acuerdo Beresford con los generales españoles, convinieron todos en presentar batalla á los franceses en las cercanias de la Albuera. En su consecuencia espidieron órdenes para reunir allí brevemente todas las tropas del ejército combinado.

Es la Albuera un lugar de corto vecindario, situado en el camino real que de Sevilla va á Badajoz, distante cuatro leguas de esta ciudad y á la izquierda de un riachuelo que toma el mismo nombre, formado poco mas arriba de la union del

arroyo de Nogales con el de Chicapierna. Enfrente del pueblo hay un puente viejo y otro nuevo al lado, paso preciso de la carretera. Por ambas orillas es el terreno llano y despejado. En la de la derecha hay una dehesa y carrascal llamado de la Natera, que encubre hasta cierta distancia el camino real, y sobre todo la orilla del río arriba por donde el enemigo tentó su principal ataque. En la margen izquierda por la mayor parte no se ven árboles ni arbustos, y solo se divisan áridos campos, especialmente en dirección de Valverde. Aquí elevándose insensiblemente la tierra llega á formar unas lomas que se estienden detras de la Albueira, y en ellas se asentó el ejército aliado.

El de Blake llegó la noche del 15 y se colocó á la derecha en dos líneas: en la primera siguiendo el mismo orden D. José de Lardizabal y D. Francisco Ballesteros que tocaba el camino de Valverde: en la segunda á 200 pasos, D. José de Zayas. La caballería se distribuyó igualmente en dos líneas, unida ya la del 5.º ejército y toda mandada por el conde Penne Villemur.

El ejército anglo-portugues continuaba en la misma alineacion, aunque sencilla: su derecha en el camino de Valverde, dilatándose por la izquierda perpendicularmente á los españoles. El general Guillermo Stewart con su segunda division venia despues de Ballesteros, y estaba situado entre dicho camino de Valverde y el de Badajoz; cerraba la izquierda de todo el ejército combinado la division del general Hamilton, que era de portugueses. Ocupaba el pueblo de la Albueira con las tropas ligeras el general Alten. La artillería británica se situó en una línea sobre el camino de Valverde: los caballos portugueses junto á sus infantes al extremo de la izquierda, y los ingleses avanzados cerca del arroyo de Chicapierna, de donde se replegaron al atacar el enemigo. Los mandaba el general Lumley, que se puso á la cabeza de toda la caballería aliada.

Así colocado el ejército, llegó D. Francisco Javier Castaños con seis cañones y la division de infantería de D. Carlos España, la cual se situó á ambos costados de la de Zayas, ascendiendo los recién venidos con los de Penne Villemur, todos del 5.º ejército, á unos 3,000 hombres. También se incorporaron al mismo tiempo dos brigadas de la cuarta division británica que regia el general Cole, y que formaron con una de las brigadas de Hamilton otra segunda línea detras de los anglo-portugueses, los cuales hasta entonces carecian de este apoyo. La fuerza total de los aliados se acercaba á 34,000 hombres, mas de 27,000 infantes y 3,600 caballos. Unos 15,000 eran españoles, los demas ingleses y portugueses; por lo que siendo mayor el número de estos, encargóse del mando en gefe, conforme á lo convenido, el mariscal Beresford.

Al rayar el alba del 16 de mayo escaramuzaban ya los ginetes. La atmósfera cargada anunciaba lluvia. A las ocho avanzaron por el llano dos regimientos de dragones enemigos que guiaba el general Briche con una batería ligera, al paso que el general Godinot, seguido de infantería, daba indicios de acometer el lugar de la Albueira por el puente. Los españoles empezaron entonces á cañonear desde sus puestos.

A la sazón los generales Castaños, Beresford y Blake con sus estados mayores y otros gefes, almorzaban juntos en un ribazo cerca del pueblo, entre la primera y segunda línea, y observando los movimientos del enemigo opinaban los mas que acometeria por el frente ó izquierda del ejército aliado. Entre los concurrentes se hallaba el coronel D. Bertoldo Schepeler, distinguido oficial alemán, que habia venido á servir de voluntario la justa causa de la libertad española; y creyendo por el contrario que los franceses embestirian el costado derecho, tenia fija su vista hácia aquella parte, cuando descubriendo en medio del carrascal y matorrales de la otra orilla el relucir de las bayonetas, exclamó: «por allí vienen.» Blake entonces le envió de explorador, y en pos de él á otros oficiales de estado mayor.

Persuadidos todos de que realmente era aquel el punto amenazado, fué preciso variar la formacion de la derecha que ocupaban los españoles: mudanza difícil en presencia del enemigo y mas para tropas que, aunque muy bizarras, no estaban

todavía bastante acostumbradas á evoluciones con la pr esteza y facilidad requeridas en semejantes aprietos.

No obstante, verificáronlo los nuestros atinadamente, pasando parte de las que estaban en segunda línea á cubrir el flanco derecho de la primera, desplegando en batalla y formando con la última martillo, ó sea un ángulo recto. Acercábase ya el momento terrible: los enemigos se adelantaban por el bosque: á su izquierda traían la caballería mandada por Latour Malbourg, en el centro la artillería bajo el general Ruty, y á su derecha la infantería compuesta de dos divisiones del 5.º cuerpo mandadas por el general Werlé. Atravesaron el Nogales y el arroyo de Chicapierna, y entonces hicieron un movimiento de conversion sobre su derecha para ceñir el flanco tambien derecho de los aliados, y aun abrazarle, cortando así los caminos de la sierra, de Olivenza y de Valverde, y procurando arrojar á los nuestros sobre el arroyo Valdesevilla y estrecharlos contra Badajoz y el Guadiana. Mientras que los enemigos comenzaban este ataque, que era, repetimos, el principal de su plan, continuaban el general Godinot y Briche, amagando lo que se consideraba antes en la primera formacion centro é izquierda del ejército combinado.

Se empeñó, pues, por la derecha el combate formal. Empezóle Zayas, le continuó Lardizabal, que habia seguido el movimiento de aquel general, y los signieron al fin en la pelea todos los españoles, escepto dos batallones de Ballesteros que quedaron haciendo frente al río de la Albuera: mas lo restante de la misma division favoreció la maniobra de Zayas é hizo una arremetida sobresaliente por el flanco derecho de las columnas acometedoras, conteniéndolas y haciéndolas allí suspender el fuego. Los enemigos entonces, rechazados sobre sus reservas, insistieron muchas veces en su propósito, si bien en balde; pero al cabo ayudados de la caballería, mandada por Latour Malbourg, se colocaron en la cuesta de las lomas que ocupaban los españoles.

Acorrió en ayuda de estos la division del general Stewart, ya en movimiento, y marchó á ponerse á la derecha de Zayas; siguióle la de Cole á lo lejos, y se dilató la caballería al mando de Lumley la vuelta de Valdesevilla para evitar la enclavadura de nuestra derecha en las columnas enemigas, siendo ahora la nueva posicion del ejército aliado perpendicular al frente en donde primero habia formado. Alten se mantuvo en el pueblo de la Albuera, y Hamilton con los portugueses, aunque tambien avanzado, quedóse en la línea precedente con destino á atajar las tentativas que hiciese contra el puente el general Godinot.

Por la derecha seguía vivísimo el combate, y adelantándose Stewart con la brigada de Colbourne, una de las de su division, retrocedían ya de nuevo los franceses, cuando sus húsares y los lanceros polacos, á beneficio de un rápido movimiento, arremetieron al inglés por la espalda, dispersaron la brigada insinuada y cogieronle tres cañones, 300 prisioneros y tres banderas. Ráfagas de un vendaval impetuoso, y furiosos aguaceros, unido al humo de las descargas impedían discernir con claridad los objetos, y por eso pudieron los ginetes enemigos pasar por el flanco sin ser vistos, y embestir á retaguardia. Algunos polacos llevados del triunfo se embocaron por entre las dos líneas que formaban los aliados; y la segunda inglesa creyendo la primera ya rota, hizo fuego sobre ella y sobre el punto donde estaba Blake: afortunadamente descubrióse luego el engaño.

En tan críticos momentos se sostuvo siempre firme un regimiento de los de la brigada de Colbourne, y dió lugar á que Stewart con la de Houghton volviese á renovar la acometida. Hizolo con el mayor esfuerzo; ayudóle colocándose en línea la artillería bajo el mayor Dickson, y tambien otra brigada de la misma division que se dirigió á la izquierda. D. José de Zayas con los suyos empeñóse segunda vez en la lucha y lidió valerosamente. La caballería apostada á la derecha del flanco atacado, reprimió al enemigo por el llano, y se distinguió sobre todo y favoreció á Stewart en su desgracia la del 5.º ejército español, acaudillada por el conde Penne Villemur y su segundo D. Antolin Riquilon.

La batalla seguía encarnizada y brava, y habiendo cesado la lluvia permitía obrar

á las claras. Ninguno de los ejércitos cejaba, y se hacian mútuas y repetidas descargas á medio tiro de fusil: terrible era el estruendo y tumulto de las armas, estrepitosa la altanera vocería de los contrarios. Por toda la línea se habia empeñado la accion; y en el frente primitivo y en el puente de la Albuera tambien se combatia. Alten aquí defendió el pueblo vigorosamente, y Hamilton con los portugueses y los dos batallones españoles, que dijimos habian quedado en la posicion primera, protegieronla de un modo el mas audaz y distinguido.

Dudoso todavia el éxito, cargaron en fin al enemigo las dos brigadas de la division de Cole; la una portuguesa bajo el general Harvey se movió por entre la caballería de Lumley y la derecha de las lomas, sobre cuya posesion principalmente se peleaba, y la otra que conducia Myers encaminóse adonde Stewart batallaba.

Poco despues Zayas, animado en vista de este movimiento, arremetió en columna cerrada arma al brazo, y hallábase á diez pasos del enemigo á la sazón que flanqueado este por portugueses de la brigada de Harvey, volvió la espalda, y arremolinándose sus soldados y cayendo unos sobre otros, en breve fugitivos todos, rodaron y se atropellaron la ladera abajo. Su caballería, numerosa y superior á la aliada, pudo solo cubrir repliegue tan desordenado. Repasó el enemigo los arroyos y se situó en las eminencias de la otra orilla, asestando su artillería para proteger, en union con los ginetes, sus deshechas y casi desbandadas huestes.



BATALLA DE LA ALBUERA.

No los siguieron mas allá los aliados, cuya pérdida habia sido considerable. La de solo los españoles ascendia á 4,565 hombres entre muertos y heridos: de estos fué D. Carlos España; de aquellos el ayudante primero de estado mayor D. Emeterio Velarde, que dijo al espirar: «Nada importa que yo muera si hemos «ganado la batalla.» Los portugueses perdieron 563 hombres: los ingleses 3,614 y 600 prisioneros; pues los otros se salvaron de las manos de los franceses en medio del bullicio y confusion de la derrota. Perecieron de los generales británicos Houghton y Myers: quedó herido Stewart, Cole y otros oficiales de graduacion.

Los franceses perdieron 8,000 hombres: murieron de ellos los generales Pepin y Werlé, y fueron heridos Gazañ, Maransin y Bruyer. La mucha sangre que corrió en la memorable batalla de la Albuera, prueba, mejor que cuanto pudiera decirse de ella, el corage y valor con que pelearon ambos ejércitos, asi como sus resultados hacen el mas completo elogio de los gefes del aliado, que, no

en atrincheramientos ni detras de robustas murallas, sino á pecho descubierto y en batalla campal arrancaron al mariscal Soult el laurel de la victoria.

Las córtes, en justa recompensa á los valientes que con tanta gloria se batieron en aquella accion, hicieron la mas honorifica conmemoracion de las fuerzas aliadas, á las cuales dieron las gracias en nombre de la nacion, declarando benémerito de la patria al ejército español, con órden de que finalizada la guerra se erigiese en la Albuera un monumento. La Regencia concedió al mariscal Beresford el grado de capitán general de los ejércitos españoles, y al general Castaños la gran cruz de Carlos III, y agració con un grado á los oficiales mas antiguos de cada clase.

El parlamento británico, por un acuerdo sin ejemplo en sus anales, declaró «reconocer altamente el distinguido valor é intrepidez con que se habia conducido «el ejército español del mando de S. E. el general Blake en la batalla de la Albuera.»

El 19 llegó lord Wellington al Guadiana con las dos divisiones que dijimos habia sacado de sus cuarteles del norte. Visitó el mismo dia el campo de la Albuera, pesaroso quizás de no haber sido partícipe de la gloria alcanzada por los que en él combatieron. A los pocos dias envió á Beresford á Lisboa para organizar nuevas tropas. Algunos vieron en esta comision celos de los laureles adquiridos por aquel; mientras otros la atribuyeron á las buenas disposiciones de Beresford para disciplinar gentes bisonas. Nosotros, sin poder decidirnos entre tan contrarias opiniones, las apuntamos solo para observar la exactitud de la historia. Habiendo regresado de Londres el general Hill, ya restablecido de su dolencia, volvió á tomar el mando de la segunda division británica encomendada en su ausencia á Beresford, con las demas tropas anglo-portuguesas que por lo comun maniobraron á la izquierda del Tajo.

El mariscal Soult, para ocultar su derrota y aparentar que no habia perdido la batalla, permaneció todo un dia detras de la Albuera, á media legua del campo en que se dió, sembrado de cadáveres de su ejército, que temblaba por momentos verse atacado, pues preveia entonces cierta su derrota. Llamó el mariscal toda la tropa que podia sacar de Andalucía despues de dejar á cubierto los puntos principales, y se ocupó en acopiar víveres, que escaseaban en su ejército, lo cual empezaba á causar en este disgusto y quejas, pues los soldados franceses, en medio de su ponderada disciplina, mas aparente que real y verdadera, no sobrellevaban las escaseces con la sufrida paciencia que los españoles; y por eso no siempre es justo culpar á los gefes de las vejaciones cometidas por las tropas imperiales, ejecutadas muchas veces contra la voluntad y órdenes de aquellos.

Determinado Wellington á emprender nuevamente el sitio de Badajoz, acantonó unagran parte del ejército aliado en Zafra, Santa Marta, Feria, Almendral y otros pueblos de los alrededores, con la caballería en Ribera y Villafranca de Barros. La division del general Hamilton empezó el 18 el bloqueo de Badajoz, por la izquierda del Guadiana, á cuya parte acudió tambien la nuestra, que acaudillada antes por D. Carlos España, lo estaba ahora, á causa de la herida de este, por D. Pedro Agustin Giron. Aunque la opinion de algunos gefes, sin duda la mas prudente y acomodada á las circunstancias, no era proceder por entonces al sitio de Badajoz, atendida la proximidad del mariscal Soult, empeñóse lord Wellington en llevarlo á cabo, decidiendo con sus ingenieros seguir el mismo plan resuelto para la anterior tentativa, modificado solo en algunos pormenores.

En su consecuencia la sétima division británica del mando de Houston embistió el 25 la plaza por la derecha del Guadiana, y el 27 la tercera reforzó la de Hamilton, colocada á la izquierda del mismo rio. El 29 se empezó á abrir la trinchera contra el fuerte de San Cristóbal, divirtiendo al propio tiempo la atencion del enemigo con falsos amagos hácia Pardaleras. Del 30 al 31 comenzaron igualmente los sitiadores un ataque por el mediodia contra el castillo antiguo. Al amanecer del 3 de junio se rompió el fuego de cañon contra el fuerte de San Cristóbal, y se sostuvo en términos que en la noche del 5 se habia abierto brecha,

aunque desgraciadamente no tan practicable como creyó la inesperienza. Caro costó á los ingleses este error, pues habiéndolos determinado al asalto, marcharon á él dirigidos por el valiente teniente Forster, viendo este de cerca se habian equivocado; pero hallándose ya con los suyos en el foso y decididos todos á consumir la empresa, intentó montar la brecha: habiendo sus defensores hecho una profunda zanja debajo de la muralla, fueron los ingleses cargados desde lo alto de esta con multitud de piedras, bombas y granadas, y tuvieron que retirarse con una considerable pérdida de muertos y heridos; contándose entre los primeros al mismo teniente Forster, digno ciertamente por su serenidad y arrojo de una honrosa memoria.

Todavía no se desistió del intento, y al anochecer del 9 se repitió otra acometida contra el mismo fuerte de San Cristóbal que tuvo tan funesto resultado como el anterior. Desde entonces se convirtió el sitio en bloqueo, resuelto Wellington á levantarle del todo. Cuando comparamos la conducta de este general tan previsora en Torres-Vedras, y tan circunspecta y prudente en el resto de la campaña de Portugal, con la observada por el mismo delante de Badajoz, empenándose temerariamente en una empresa para la cual carecia de zapadores y de todos los elementos necesarios, pues hasta de cestones y faginas estaba desprovisto, no se puede dejar de lamentar, ya las muchas contradicciones que caben en el espíritu humano, ya la fatal ofuscación del amor propio que engaña al hombre hasta el extremo de creerse capaz de superar los mayores imposibles.

Otra desgracia coincidió con la descabellada tentativa de Badajoz. Una hoguera encendida por algunos artilleros portugueses, acampados al raso cerca de aquella misma plaza, y á la izquierda del Guadiana, prendió en unos matorrales y heredades próximas, y en breve se propagó el fuego con tal voracidad, que á los tres días llegó á Mérida, ciudad que se preservó de tamaña catástrofe por hallarse interpuesto aquel anchuroso río. Los parages que recorrió la llama estuvieron ardiendo quince días, convirtiéndose en vastos ceniceros casas, campos, mieses, arbolados y dehesas.

Paralizados los proyectos de Napoleon con el fatal éxito de sus armas en Portugal y con lo poco que adelantaban las operaciones de sus ejércitos en Andalucía, conoció la necesidad de dirigir todos sus esfuerzos contra el aliado, y dió orden á Soult y Marmont para que reunidas todas sus fuerzas, se pudiesen de acuerdo á fin de arrojar á los ingleses de la Península. Al nombrar el emperador al último de estos mariscales por sucesor de Massena, le encargó especialmente apoyar la marcha del primero sobre Badajoz, para hacer levantar el bloqueo, y conservar esta plaza á toda costa.

Soult, conociendo bien que con la rendición de Badajoz se perdía toda la Estremadura y se descubría un flanco á los aliados para molestarle y aun hacerle abandonar las Andalucías, volvió de nuevo á reunir sus tropas para tentar segunda vez la suerte de las armas.

El general Drouet, con los restos del 9.º cuerpo que ascendía á 40,000 hombres, salió de Toledo el 29 de mayo, reuniéndose á Soult en las fronteras de Estremadura el 12 de junio. Aunque el objeto principal del mariscal era libertar á Badajoz, no quiso emprender operacion alguna hasta que se le reuniera Marmont, en marcha ya para el Guadiana.

Luego que este último gefe tomó el mando del ejército de Portugal, le dió nueva planta distribuyendo en seis divisiones sus tres anteriores cuerpos. Su primer conato fué abastecer á Ciudad-Rodrigo, y cooperar despues, conforme á las instrucciones de su amo, á las operaciones de Soult en Estremadura. Cuatro divisiones de su ejército partieron de Alba de Tormes el 5 de junio: las otras dos permanecian sobre el Agueda, observando á Sir Brent Spencer que, en ausencia de Wellington, mandaba las tropas del Coa. Marmont hizo un reconocimiento el 6 sobre las fuerzas británicas, y persuadido de que estas no le incomodarian y que solo seguirian paralelamente el movimiento de las francesas, salió en

persona para Estremadura, llevándose consigo las dos divisiones espresadas. Cruzó el Tajo por Almaraz, habiendo echado al intento un puente volante, y su ejército, puesto ya en la orilla izquierda, marchó en dos trozos, uno de ellos por Trujillos á Mérida, y otro sesgando á la izquierda sobre Medellín.

Cuando Wellington supo la marcha de Soult, se apostó en la Albuera para contenerle y escitarle á una segunda batalla. Noticioso despues de que Marmont estaba ya próximo á unirse al otro mariscal, juzgó prudente no empeñar accion, no teniendo él mas que 54,000 infantes y 6,000 caballos, y los enemigos 60,000 de los primeros y 40,000 de los segundos, por lo cual abandonó la Albuera, levantó el sitio de Badajoz y se replegó sobre Yelves. Lo mismo hicieron los españoles vadeando el río por Jurumeña. Sin obstáculo ya los mariscales franceses, se avistaron en Badajoz el 19.

Asi que Marmont abandonó el Portugal, se puso tambien en movimiento Sir Brent Spencer, y marchando á lo largo de la raya de aquel reino, pasó el Tajo en Villavelha y se reunió á Wellington en las alturas de Campomayor. Aqui con el nuevo auxilio que equilibraba sus fuerzas con las de los contrarios, preparóse el inglés á la pelea; pero los franceses no quisieron empeñar accion, considerando difícil deshacer á los aliados situados tan ventajosamente.

El general Blake, poco satisfecho con la supremacia de Wellington, se separó el 18 seguido del ejército expedicionario, ofreciendo hacer una correria al condado de Niebla. Aprobó el general en jefe la propuesta, y marchando Blake por dentro de Portugal, repasó el Guadiana en Mértola el 23. De lamentar es que el general regente no llevára á punto su primer pensamiento reducido á marchar rápidamente sobre Sevilla, cuya toma le hubiera sido fácil, antes que Soult pudiera acudir á su socorro, pues estaba defendida por escasas tropas francesas y unos pocos juramentados españoles, gente de la que con razon desconfiaba el extranjero; pero desgraciadamente Blake se detuvo en una operacion que aun conseguida, poco podia influir en la suerte de nuestras armas. Tal fué la idea de apoderarse de Niebla, villa á la derecha del Tinto, circundada de un viejo muro, y de un castillo cuyas paredes, en especial las de la torre del Homenage, son de un espesor extraordinario. Mandaba ahora en ella el coronel Fritzherds con 600 suizos.

Encomendado el ataque á D. José Zayas, empezó este el 30 de junio; pero faltaban cañones de batir y todo lo concerniente á la formalizacion de un sitio, y las escalas, aunque añadidas y empalmadas, resultaron cortas: con esto se desistió del intento, y se perdió la ocasion de la sorpresa de Sevilla, sin conseguir mas fruto que alejar de las cercanias de Badajoz parte de la fuerza enemiga, la cual vino sobre Blake y le obligó á retirarse el 2 de julio, repasando el Guadiana el 6 en Al-



coutin, desde donde meditando el general español otra empresa á levante, sin duda con la idea de alejarse de la dependencia de lord Wellington, en verdad no reprehensible, se dirigió á Villareal de San Antonio y Ayamonte, reembarcándose el 10 con la fuerza espedicionaria y una parte de la division que habia pertenecido á don Carlos España, y regresó á Cádiz. La de Ballesteros se quedó en el condado; y don Pedro Agustin Giron con algunos infantes y el conde de Penne Villemur con la mayor parte de la caballería se quedaron por las márgenes del Guadiana acercándose nuevamente á Estremadura.

Receloso siempre el mariscal Soult de que los españoles intentáran algo en las Andalucías, cuya conservacion era su principal objeto, mas que por servicio del emperador, por el especial beneficio que él reportaba de su lucrativa posesion, salió de Badajoz para Sevilla el 27 de junio, dejando avituallada la primera y volando á su paso los muros de Olivenza, abandonados por los ingleses cuando se pusieron detras del Guadiana. Quedó á la izquierda de estos el general Drouet con el 5.º cuerpo.

Permaneció algunos dias en la derecha el mariscal Marmont, cuya retaguardia era á menudo molestada por partidarios españoles. Quien mas inquietó al enemigo hácia aquella parte fué D. Pablo Morillo, á la cabeza de la segunda division del 5.º ejército, que en vez de maniobrar unida con el cuerpo principal, campeó sola y destacada de acuerdo con el general en gefe. En el mes de junio sorprendió el mismo Morillo en Belalcazar al coronel Normant, matóle 48 hombres y le cogió 111. Lo mismo hizo en Talarrubias el 1.º de julio, tomando al comandante 4 oficiales y 140 soldados. Acosado entonces por tres columnas enemigas, burló sus movimientos por lo intrincado de la Sierra-Morena, y despues de escarmentar varias veces á los que seguian combatiendo constantemente y casi siempre con buen éxito, entró en Cáceres felizmente el 54 despues de una correria de dos meses feliz y gloriosa.

Estos y otros iguales movimientos, asi como lo devastado del pais, dificultaban al mariscal Marmont las provisiones, teniéndole que venir convoyadas hasta de Madrid por fuertes escoltas, hostigadas siempre, á veces dispersas. Por tanto, fortificando los antiguos castillos de Medellin y Trujillo, apostó aqui la division del general Foy con gran parte de la caballería, y el 20 de julio, repasando el mismo mariscal el Tajo, se colocó en rededor de Almaraz y Plasencia.

Wellington pasó tambien aquel rio, via de Castellobranco, dejando solo al general Hill en Arrónches y Estremoz para cubrir el Alentejo. D. Francisco Javier Castaños, con la escasa fuerza de que entonces constaba el 5.º ejército, se acuarteló en Valencia de Alcántara y sus cercanías, esplorando la caballería bajo al mando de Penne Villemur las comarcas vecinas.

De este modo, en la estacion mas propia para la guerra, hacian tregua los ejércitos beligerantes, y temiéndose mutuamente, caminaba cada uno á las posiciones de donde habian salido para las operaciones que hemos reseñado, en las cuales, si ambos contrincantes cometieron errores, tambien es necesario decir con nuestra acostumbrada imparcialidad que todos pelearon como valientes, y que sus particulares ventajas y adversidades, mas que á los aciertos ó equivocaciones de sus respectivos gefes, se debieron á las disposiciones de la caprichosa fortuna.



CAPÍTULO XIX.

Serranía de Ronda: esfuerzos de sus habitantes y daños que causan á los franceses.—Sorpresa de Olvera.—Murcia y Granada.—Intenta Sebastiani sorprender á Murcia.—Ataque de Lubrin.—Ataque de Ubeda.—Ataque de la venta del Baul.—Inquietud de los franceses en Granada.—Parte á Francia el general Sebastiani: su conducta en Granada.—Le sucede el general Leval.—Galicia y Asturias.—Posición del ejército gallego.—Acomete á los enemigos en la Bañeza.—Accion del Puerto.—El general Santocildes en Galicia.—Mejora la organizacion y disciplina de aquel ejército.—Evacuan los franceses á Asturias.—Abandonan tambien á Astorga.—Accion de Cogorderos.—7.º ejército.—Porfier y Renovales.—Partidas que hostilizan al enemigo.—Inútiles medidas que adoptan los franceses para destruir las.—Mina: sus cualidades: su actividad en la guerra.—Sostiene infinitos ataques.—Combate de Irozoqui.—Ataque de Arcos.—Entra Mina con su tropa en Francia.—Combates de Castilliscar y Mendivil.—Gloriosa accion de Arlaban.—Valencia: se reúne en ella un congreso.—Toma el mando D. Carlos Odonnell.—Tentativas de ingleses y españoles por la costa.—Releva á Odonnell el marques del Palacio.—Castilla la Nueva y otras provincias.—Partidarios en ellas.—El Empeinado: continúa distinguiéndose con su partida.—Accion de Auñon.—Intrigas francesas.—Varias acciones de otros partidarios.—Crueldades de los franceses.—Represalias.—José Bonaparte: sus disgustos: marcha á Paris: regresa á España: entabla negociaciones con el gobierno español.—Digna conducta de la Regencia.



QUEDAN referidos en los capítulos anteriores y con toda la posible exactitud los principales sucesos ocurridos en los seis ó siete primeros meses de este año, en Cataluña, Portugal y Estremadura, y en la parte de Andalucía cuyas operaciones han estado en contacto con la última provincia nombrada. Las muchas ocurrencias acaecidas en los enunciados puntos durante la primera mitad de la cuarta campaña, nos han permitido tratar con separacion las pertenecientes á cada uno. No así en las que tenemos que reseñar durante la misma época en el resto de la Peninsula, pues deseando no dejar rezagado ninguno de los acontecimientos que han tenido lugar en los demas distritos, y siendo respectivamente pocos los pertenecientes á cada cual, se hace preciso reasumir en un capítulo los sucesos de los mas distantes puntos y atravesar para unirlos del uno al otro extremo de la nacion. El lector conocerá que para conservar en lo posible la unidad de tiempo y la exactitud de la narracion, se hace indispensable esta especie de peregrinacion por el suelo ibero.

La misma marcha han tenido que seguir cuantos escritores nos han precedido en la difícil tarea que nos ocupa; ni podia ser de otra manera sin dejar de contar hechos que, aunque aislados, deben ser conocidos para la cabal inteligencia de la historia.

Quando desde el punto en donde nos hemos despedido de los ejércitos de Wellington y de Marmont se estiende la vista por la Peninsula, se presentan luego á

los ojos dos puntos distantes entre sí pero ambos dignos de atención. El uno la Serranía de Ronda con el 3.º ejército acantonado en la raya de Granada y Murcia, y el otro Galicia y Asturias con el ahora llamado 6.º ejército. En los dos, y muy especialmente en el último, se podían haber sacado grandes ventajas del empeño de los franceses en aglomerar sus fuerzas en la raya de Portugal. Desgraciadamente la carencia de hombres emprendedores limitaron los esfuerzos de aquellas tropas á la mera conservación de sus respectivos puntos; sistema mezquino é impropio de la guerra que sostenía la nación.

Los intrépidos pobladores de la Serranía de Ronda conservaban constantemente en ella el foco de la insurrección, y tenían en continua inquietud al ejército de Soult y Sebastiani, estacionado este en Granada. Seguía gobernando en aquellas montañas el general Valdenebro, presidente de la junta de partido; mas por lo común las guerrillas serranas iban siempre dirigidas por naturales del país. Begines de los Ríos con la primera división del 4.º ejército apoyaba los movimientos de los paisanos, los cuales se convertían en soldados cuando era necesario, ó bien en vecinos pacíficos cuando la superioridad numérica del enemigo les obligaba á guarecerse en el hogar doméstico. Las partidas se dispersaban cuando las atacaban numerosas fuerzas, y reconcentrabanse cuando estas se disminuían, apellidando guerra por riscos y valles con instrumentos pastoriles ó con fogatas y cohetes, consiguiendo así cansar al enemigo y privarle de los soldados que no sabían trepar por sus escabrosas sierras. Así el francés no sacaba de sus correrías otro fruto que el de verse fusilado sin saber por donde, burlado desde los empinados picos. La ardiente fibra andaluza inventó en las montañas de Ronda mil modos de hostigar á sus contrarios, y en Gausin subieron los serranos cañones hasta á los riscos mas escarpados. Las mugeres de aquellos escabrosos peñascos se mostraban no menos atrevidas que los hombres, y en vano trataron los franceses domar tal gente y tales breñas. Así mantuvieron aquellos valientes una lucha tan gloriosa para ellos hasta el mes de agosto de este año, lucha que tomó nuevo impulso con la llegada del general Ballesteros, como veremos en su lugar.

El brigadier Begines de los Ríos, que como hemos dicho, secundaba la decisión de los serranos, se propuso atacar el castillo de Moron, á cuyo fin emprendió su marcha con una columna de 400 infantes y 250 caballos; pero teniendo al paso noticia de que un batallón polaco de 500 plazas se dirigía á reforzar la guarnición de Ronda y debía llegar á Olvera el 2 de junio, le sorprendió y destruyó en dicho pueblo, escapándose solamente 100, entre ellos algunos heridos, y quedando los demas muertos ó prisioneros.



Veamos ahora la ocupacion que tuvo en este tiempo el 5.^{er} ejército, compuesto de parte del que antes se llamaba del centro. Su mando recayó en el general Freire cuando Blake fué á ocupar su puesto de regente, y al principio de este año tenia su cuartel general en Lorca, y sus fuerzas acantonadas en Albos, Huescar y otros pueblos de los contornos. Deseando Sebastiani no permanecer ocioso mientras Soult operaba en Estremadura, amagó en el mes de febrero á Murcia, llegando sus tropas hasta Lorca, evacuada por Freire; pero acometido Sebastiani en este punto de una peligrosa consuncion, suspendió su movimiento y regresó á Granada.

La retirada de los franceses llevó á los nuestros á sus anteriores posiciones, desde las cuales renovaron sus correrías y maniobras, siendo una de las mas notables la practicada el 21 de marzo. D. Jose Odonnell, gefe de estado mayor, se dirigió con una division volante sobre Huescar y Olvera, y mandó á Lubrin al conde del Montijo con ocho compañías. Los enemigos allí alojados resistieron al conde, mas al fin tuvieron que ceder, retirándose camino de Ubeda perseguidos por los nuestros: tuvieron los primeros una pérdida de 130 hombres, entre ellos algunos prisioneros.

La guerra de la Sierra y las correrías de nuestras tropas y partidas habian disminuido considerablemente el 4.^o cuerpo frances, obligando á Sebastiani á reconcentrar sus fuerzas en Guadix el 7 de mayo. A consecuencia de este movimiento, avanzó Freire, y puso su vanguardia en la venta del Baul, destacando por su derecha, camino de Ubeda y Baeza, á D. Ambrosio de la Cuadra con una division y las guerrillas de la comarca.

Temerosos los enemigos de que llegáran á cortarse sus comunicaciones con las Andalucías, acudieron precipitadamente de Jaen, Andujar y otros puntos á contener á Cuadra y atacarle. Trabóse el primer choque el 15 de mayo en la misma ciudad de Ubeda. Tres veces acometieron los enemigos y otras tantas fueron rechazados, obligándolos á huir la caballeria española que trató de cogerlos por la espalda. Los franceses tuvieron una gran pérdida, sirviéndoles de poco un regimiento de juramentados que se dispersó á los primeros tiros. Nosotros, entre otras pérdidas sensibles, tuvimos la muerte del comandante del regimiento de Burgos D. Francisco Gomez de Barreda, oficial distinguido y de valor no comun.

El 24 quisieron los franceses arrojar á los españoles de la venta de Baul, mandados estos por D. José Antonio de Sanz. Aunque los enemigos cargaron con su acostumbrado arrojito, no lograron el objeto que se proponian, tanto por la interposicion de un barranco que habia de por medio, como por el acertado fuego de nuestra artillería, diestramente dirigida por D. Vicente Chamizo. Los franceses tuvieron que retirarse á Guadix y á la cuesta de Diezma.

Pocos dias despues trató Freire de distraer por su izquierda al enemigo, enviando al conde del Montijo sobre las Alpujarras con dos regimientos. Desde allí causó este bastante inquietud á la guarnicion de Granada, y aproximándose despues mas á la ciudad, llegó hasta el sitio conocido bajo el nombre del *Suspiro del moro*.

Aunque Sebastiani fortificó las avenidas de la ciudad y el célebre palacio morisco de la Alhambra, llegó á verse tan estrechado, que en ocasiones pensó abandonar Granada, lo que hubiera acaso verificado si la llegada del general Drouet á las Andalucías, y los socorros que de sus resultas recibió el 4.^o cuerpo frances, no hubieran mejorado su posicion. De este alivio disfrutó poco, pues á fines de junio marchó á Francia, ya fuese por su quebrantada salud, ya por las quejas del mariscal Soult, cuya ambicion no queria compañero que le ayudára á recoger los despojos de las ricas Andalucías. Sobradamente desacertados van los que se atreven á elogiar la conducta de Sebastiani en el distrito de su mando, por el mediano esmero que puso en conservar las antigüedades arábigas de Granada y procurado hermosear algo la ciudad; como si estas acciones no hubieran sido enteramente oscurecidas por las exorbitantes derramas que impuso y las inauditas crueldades que cometió, merecedoras ciertamente de que su ominoso nombre sea siempre odiado de los granadinos y justamente execrado por todo buen español. Al sanguinario Sebastiani sucedió en el mando el general Leyal.

En Galicia y Asturias, el otro punto extremo de los dos en que ahora nos ocupamos, no anduvo en un principio la guerra mejor dirigida que en Granada y Murcia, pues D. Nicolas Mahy, que conservó el mando hasta despues de entrado el año de 1814, se ocupó mas en las disputas y reyertas provinciales, que en la organizacion de su ejército y en los medios de molestar al enemigo. Gefe bondadoso y recto, se dejaba llevar de agenos consejos y afectos apasionados, que le desviaban á veces de la senda del deber y de la justicia.

El ejército gallego permanecia casi siempre sobré el Vierzo y otros puntos del reino de Leon, y fué de alguna importancia la sorpresa que en 22 de enero hizo D. Ramon Romay, acometiendo á la Bañeza, en donde cogió á los enemigos varios prisioneros, efectos y caudales. Del mismo modo siguió por aqui la guerra durante los primeros meses del año.

Mala como era la direccion de esta en Galicia, todavia era peor en Asturias, en donde mandaba el segundo de Mahy D. Francisco Javier Losada, terminando adversamente los encuentros casi diarios que ocurrían con los franceses. No porque alli faltáran gefes valientes y arrojados, sino ya por la menos armonia que reinaba entre estos, ya especialmente por la falta de disciplina en las tropas que alli operaban.

Hemos dicho en otro lugar que uno de los gefes que mas se distinguían en Asturias era el brigadier D. Juan Diaz Porlier, conocido bajo el nombre de Marquesito. Este, que semejante á los demas partidarios españoles, parecia que las mismas derrotas aumentaban sus fuerzas, pues dispersándose volvían á aparecer en mayor número, se presentó á fines de febrero con una division de 3,000 hombres, y atacó el 27 el puesto fortificado de Manes; pero la inferioridad de sus fuerzas no le permitió tomarle, dispersándose su gente segun costumbre, aunque despues de haber causado bastante daño al enemigo. Persuadido el mismo brigadier de que la gente de su mando necesitaba de organizacion y disciplina, y de que no podia adquirirlas mientras permaneciese en su pais, determinó marchar al efecto á Galicia; mas esta tentativa produjo tantos disgustos en sus indisciplinados soldados, que tuvo necesidad de desistir de ella.

Entre los diarios choques sostenidos con el enemigo ya por el ejército, ya por las muchas partidas que cruzaban el principado, fué el mas notable el del 19 de marzo de este año de 1814 en el Puelo, distante una legua de Cangas de Tineo yendo camino de Oviedo, lugar situado en la cima de unos montes cuyas faldas por ambos lados lamen dos diferentes rios. Losada se colocó en lo alto, que forma como una especie de cuña, y aguardó á los contrarios que le atacaron á las órdenes del general Valletaux. Nuestras fuerzas consistían en unos 5,000 hombres; inferiores las de los franceses. Estaban con el general Losada D. Pedro de la Bárcena y D. Juan Diaz Porlier, sirviendo este de reserva con la caballeria, y aquel de vanguardia con los asturianos. Tiroteóse algun tiempo, hasta que herido Bárcena en un talon, entró en los nuestros un terror pánico que causó una completa dispersion. Losada, y el mismo Bárcena, aunque desfallecido, hicieron inútiles esfuerzos para contener al soldado, y solo salvó á los fugitivos y á los generales la serenidad de Porlier y sus ginetes, que hicieron frente y reprimieron á los enemigos.

Tan repetidos reveses manifestaban la urgente necesidad de refundir todas aquellas mal combinadas fuerzas, darles nueva organizacion é introducir en ellas la disciplina, sin la cual no hay ejército posible. En la primavera de este año se empezó á realizar tan necesaria medida. El mando de este 6.º ejército se confió al general Castaños, al mismo tiempo que retenia el del 5.º, disposicion inconcebible, cuando ambos cuerpos operaban en puntos tan distantes entre si, y que por lo mismo fué mas aparente que verdadera, siendo el que en realidad gobernó, aunque con el modesto titulo de segundo de Castaños, D. José Maria de Santocildes, sucesor de Mahy, teniendo por gefe de estado mayor á D. Juan Moscoso. No habrá olvidado el lector el nombre de Santocildes, el que vimos defender á Astorga con tanta pericia y valor, y que habiendo caido prisionero, logró despues es-



Esc. de D. F. Espoz y Mina

El Gen. D. Franc.^{co} Espoz y Mina.



capar de manos de los enemigos. Tampoco nos es desconocido Moscoso, distinguido entre los oficiales del ejército de la izquierda. Ambos nombramientos fueron bien recibidos en el país, esmerándose todos en secundar las disposiciones de los nuevos gefes, y no faltando quien ofreciese donativos de consideracion.

Luego se empezaron á recoger los buenos frutos de las acertadas medidas del recién llegado general. Este mejoró visiblemente la organizacion y disciplina del decaído 6.º ejército, al cual dió nueva planta, distribuyéndolo en divisiones y brigadas, y colocándolas en puntos en donde pudieran hostigar al enemigo. La primera division, al mando del general Losada, quedó en Asturias; la segunda, al de Taboada, se situó en las gargantas de Galicia camino del Bierzo; y la tercera, mandada por D. Francisco Cabrera, en la Puebla de Sanabria. La reserva quedó en Lugo, punto céntrico de las otras posiciones. En principio de junio marchó á Castilla todo el ejército, excepto la division de Losada, que se dirigió hácia Oviedo. Esta maniobra, ejecutada á tiempo que el mariscal Marmont habia partido para Estremadura, dió los mas halagüenos resultados. De un lado evacuaron los enemigos el principado de Asturias, saliendo de su capital el 14 de junio, estableciéndose inmediatamente en ella las legítimas autoridades. De otro destruyeron el 19 las fortificaciones de Astorga y se retiraron á Benavente, entrando el 22 en aquella ciudad el general Santocildes en medio de los aplausos y entusiasmo tan justamente debidos al que despues de haberla defendido con gloria, la sacaba ahora de las manos de sus opresores.

Colocóse el ejército español á la derecha del Orbigo, en donde se le juntó una de las brigadas de la division estacionada en Asturias. Despues que Bonnet abandonó esta provincia, se quedó en Leon vigilado por los españoles. Al principio se limitaron unas y otras tropas á parciales escaramuzas, hasta que en la mañana del 25 el general Valletaux corriendo del Orbigo atacó á la una del dia á D. Francisco Taboada, situado hácia Cogorderos, en unas lomas á la derecha del rio Tuerto. El general español se sostuvo bizarramente por espacio de cuatro horas, dando lugar así á que acudiera en su socorro la brigada asturiana á las órdenes de D. Federico Castañon, la que cogiendo al enemigo por el flanco lo deshizo completamente.



Pereció el general Valletaux con mucha de su gente, y cogimos bastantes prisioneros, entre ellos 11 oficiales. Esta accion acreditó otra vez cuanto valen los buenos gefes al frente de los ejércitos, pues las mismas tropas á quienes poco antes hacian dispersar algunos disparos de los contrarios, se sostuvieron en Cogorderos de un mo-

do admirable, y derrotaron á los que primero les hacian huir. Feliz consecuencia de la atinada pericia del digno general Santocildes. Tambien alcanzaron las disposiciones de este activo gefe al arreglo de las guerrillas de su distrito, facultando al coronel D. Pablo Mier para que compusiese con ellas una legion llamada de Castilla. Muchas se unieron, y otras, aunque no lo verificaron, se consiguió al menos que obráran de acuerdo y mas concertadamente.

Ya entrado julio, hizo Santocildes un reconocimiento general sobre el Orbigo; y rechazando al enemigo, mostraron cada dia mas los soldados del 6.º ejército su progreso en el uso de las armas y en las evoluciones. Asi fué acrecentándose aquel, reuniendo una fuerza que con la de Asturias rayaba en 16,000 hombres, llevando muestras de aumentarse si se mantenian los mismos gefes á su cabeza.

Al mismo tiempo se empezaba á formar el 7.º ejército en Liébana, cuyo mando, aunque se habia dado á D. Gabriel de Mendizabal, no pasó á tomarlo tan pronto, pues quiso antes este pundonoroso gefe lavar la mancha con que la desgracia habia procurado oscurecer su nombre en la aciaga accion de Gévora el 19 de febrero, y para ello se presentó á pelear voluntariamente y como soldado raso en la gloriosa batalla de la Albuera, en la que buscó siempre los puestos mas arriesgados, distinguiéndose en todos ellos. Ejemplo sublime que acredita los quilates de un alma grande y que debiera ser imitado por todo militar amante de su honor, á quien no la cobardia sino el infortunio colocára en la situacion especial en que se encontraba Mendizabal.

Por la ausencia de este general mandaba entretanto el 7.º ejército don Juan Diaz Polier, su segundo gefe. El núcleo de este naciente ejército lo componia el cuerpo franco del mismo Porlier y las fuerzas de Cantabria, engrosadas con quintos y partidas que sucesivamente se agregaban. Renovales fué enviado hácia Bilbao para animar á las partidas y enregimentar batallones sueltos: tocó hasta en la Rioja y contribuyó á sembrar zozobra é inquietud entre los enemigos.

El 7.º ejército tenia su cuartel general en Potes, y creyendo los enemigos que en este pueblo hallarian el principal depósito de aquel, trataron de atacar dicho punto á fines de mayo. Afortunadamente los nuestros habian puesto al abrigo de una sorpresa sus acopios, y burlaron asi las esperanzas del general Roquet, que con 2,000 hombres entró en aquella villa, teniéndola en breve que desamparar, á causa de la vuelta repentina de Porlier, que habiendo reunido toda su tropa vino sobre los enemigos, que no quisieron esperarle.

La estancia de los invasores en este distrito no era mas tranquila que en lo demas del reino, pues el nuevo 7.º ejército y las guerrillas que en él pululaban les causaban grandes y continuos daños. Las principales partidas eran las de Campillo, Longa, el Pastor, Tapia y Merino. Comprendianse tambien las otras de menos nombre que recorrian las montañas de Santander, ambas márgenes del Ebro hasta los confines de Navarra, y carretera real de Burgos. No entraba en la cuenta la de D. José Duran, si bien en Soria, pues por su proximidad á Aragon se agregó á la de Amor, como las demas de aquel reino al 2.º ejército, ó sea de Valeneia. Conociendo el frances que no le era fácil esterminar á contrarios tan arrojados y molestos, quiso ver si los esterminaba con el terror: y á principio de este año tomó la determinacion de fusilar ó ahorcar á cuantos partidarios cogia. Poco conocian los satélites de la tirania la firme energia del carácter español; su atroz medida solo sirvió para alentar mas á los valientes guerrilleros, que anegaban con su gente todos los caminos. Los mariscales y generales, y casi todos los pasajeros, siendo enemigos, veianse á cada paso asaltados, con gran menoscabo de sus intereses y riesgo de sus personas, y todos temian tener que atravesar lo mismo los montes que las campiñas.

Conociendo Napoleon cuanto retardaba tal linage de guerra la sumision de España, habia ya pensado desde el principio de este año dar un vivo impulso á la persecucion de los guerrilleros, poniendo en una sola mano la direccion suprema de muchos de los gobiernos en que habia dividido la costa cantábrica y las orillas del Ebro y Duero. Asi por decreto de 15 de enero formó el ejército llamado del norte, del que

ya hemos hecho mencion, y cuyo mando confió al mariscal Bessieres, duque de Istria. Estendiase á la Navarra, las tres provincias Vascongadas, parte de las de Castilla la Vieja, Asturias y reino de Leon; llegando á constar dicho ejército de mas de 70,000 hombres. Nada sin embargo consiguió con esto el emperador, y Bessieres, sin poder destruir el foco de una guerra tan mortífera para las huestes imperiales, se volvió á Francia en julio para que su amo le destinara á pelear contra enemigos mas fáciles de vencer que los partidarios españoles.

En la enumeracion que de estos hicimos antes, omitimos cuidadosamente el glorioso nombre de D. Francisco Espoz y Mina, ya por el especial permiso que este tenia del gobierno para obrar con independencia, y ya principalmente porque no habiendonos ocupado hasta ahora de este célebre caudillo, merecen una particular mencion las grandes hazañas del héroe que á su valor y disposiciones militares unió la recomendabilisima circunstancia, tan rara en nuestro desgraciado siglo, de la constancia en sus opiniones, siempre eminentemente liberales, sin que desde el nacimiento de su vida pública hasta el sepulcro desmintiera ni una sola vez sus principios, preparando asi á su ilustre nombre un lugar distinguido en el templo de la inmortalidad.

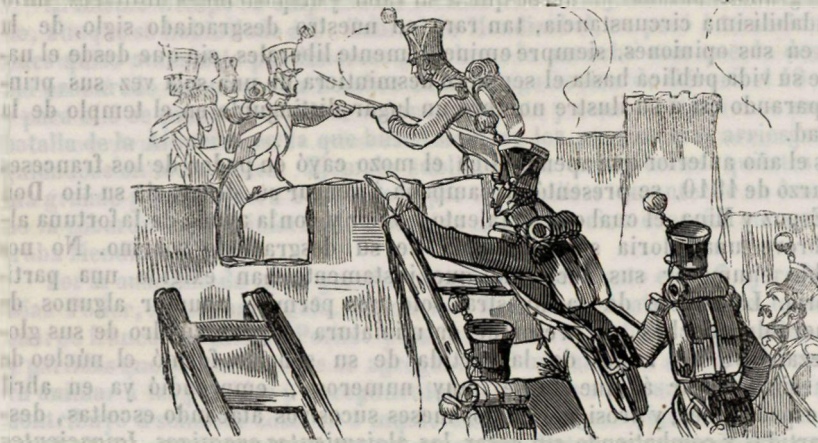
Dijimos el año anterior que apenas Mina el mozo cayó en poder de los franceses el 31 de marzo de 1810, se presentó en campaña á vengar su desgracia su tio Don Francisco Espoz y Mina, el cual con su talento y valor y con la ayuda de la fortuna alcanzó en breve una gloria superior á la de su desgraciado sobrino. No nos seria posible enumerar sus acciones, que justamente han exigido una particular historia. La índole de la nuestra solo nos permite apuntar algunos de sus innumerables hechos, y presentar en miniatura el gran cuadro de sus gloriosas proezas. De los restos de la partida de su sobrino formó el núcleo de la suya, y sin esperar á que fuese muy numerosa, emprendió ya en abril frecuentes expediciones, y prosiguió en los meses sucesivos atacando escoltas, destruyendo partidas y combatiendo sin cesar los alojamientos enemigos. Impacientes estos y rabiosos del fatigoso pelear, determinaron en setiembre destruir á tan arrojado contrario. Sabiendo el general Reille, que mandaba en Navarra, la clase de enemigo con quien tenia que lidiar, detuvo algunas de las fuerzas destinadas á Portugal, y uniéndolas á las suyas juntó un ejército nada menos que de 30,000 hombres. ¡Tanto terror inspiraba ya al frances el nombre del intrépido Mina! Este, conociendo no serle posible resistir á tan numerosas huestes, desparramó su gente por diversas comarcas, partiendo unos para Castilla y otros á Aragon. Reservó él consigo algunos hombres y con ellos continuó sus ataques, aunque luego tuvo que correrse á otras provincias. Herido de gravedad, volvió despues á Navarra para curarse, creyéndose mas seguro donde mas le buscaba el enemigo. Tanta era la confianza que tenia en los pueblos y tanta tambien la fidelidad de estos.

Antes de partir dió en Aragón nueva forma á sus guerrillas, vueltas á reunir en número de 5,000 hombres, repartiéndolas en tres batallones y un escuadron, y confiando el mando de dos de ellos á Cruchaga y á Gorriz, gefes dignos de su confianza. La Regencia de Cádiz, persuadida de su mérito y de los servicios que podia prestar al pais, nombróle ya entonces coronel y comandante general de las guerrillas de Navarra.

Restablecido Mina de su herida, continuó en fines de octubre sus interrumpidas empresas, y recorrió de nuevo los campos de Aragon y Castilla, siempre con notable daño de los enemigos. Restituido en diciembre á Navarra, atacó á los franceses en Tievas, Monreal y Alba, y terminando asi la campaña de 1810, se dispuso á dar á su nombre en las sucesivas mayor fama y realce.

Empezó la de 1811 apoderándose de un crecido convoy que los enemigos mandaban á Francia, é interceptando las comunicaciones entre Navarra y Cataluña. Tan continuas acciones llamaron la atencion del mismo Napoleon, el cual dió terminantes órdenes á Suchet para que le arrojase de sus posiciones y lo persiguiese hasta su entera destruccion. En su consecuencia las recibió el general Reille, para que con

5,000 infantes y 200 caballos marchára á atacar á Mina en la villa de Lumbier, en cuyo pueblo se construian armas, vestuarios y municiones para el equipo de su gente. El dia 12 de febrero intentó el enemigo apoderarse de este importante depósito. Sabedor Mina de este movimiento, apostó parte de sus tropas en los vados del rio Irazi para impedir el paso á los contrarios y defender á Lumbier, que se halla situada sobre la márgen izquierda. Con esto se empeñó una accion sumamente reñida en la que fué rechazado el enemigo; mas habiendo este recibido considerables refuerzos de Pamplona, é intentando segunda vez el paso del rio, lo consiguió apoderándose de Lumbier, de donde Mina se retiró. Un dia permanecieron los franceses

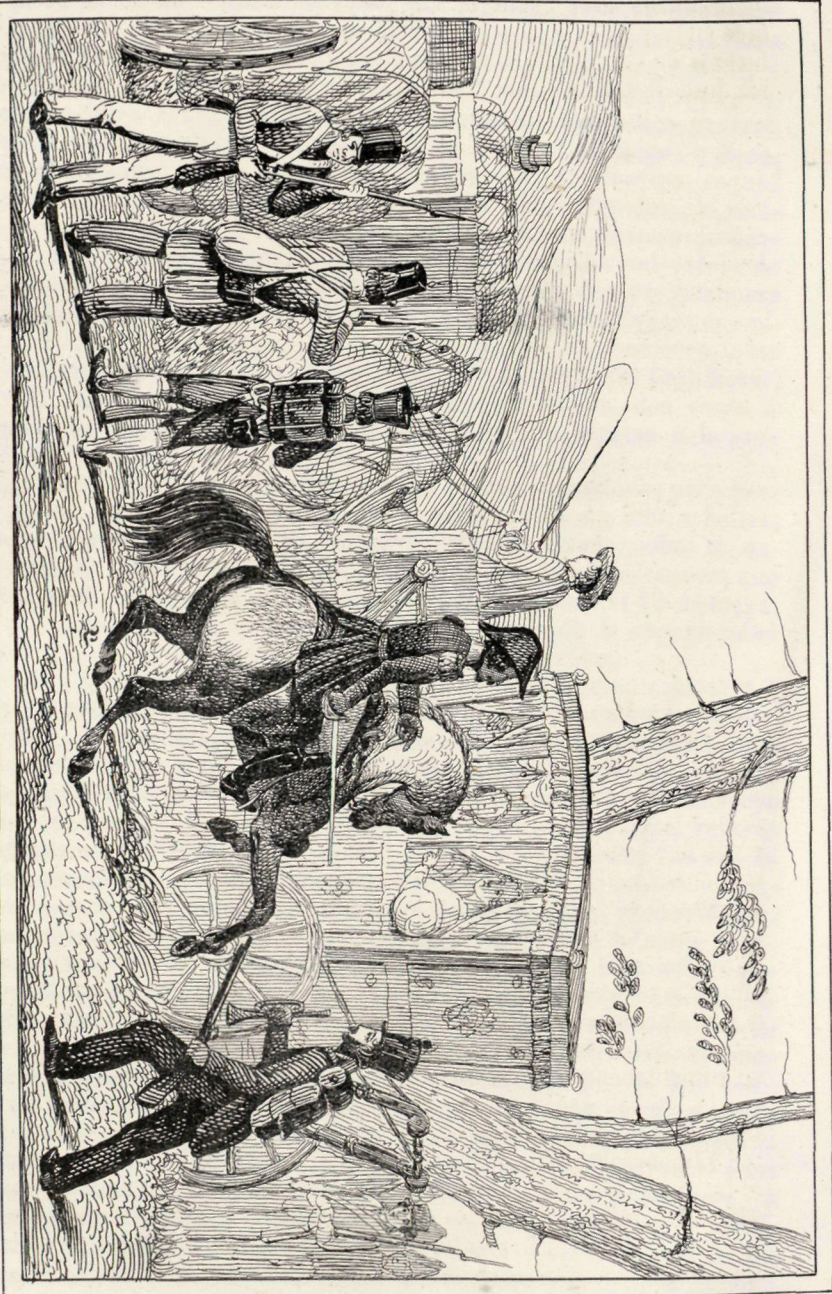


en este pueblo, que entregaron al mas horroroso saqueo; mas al siguiente salió Mina al encuentro de un destacamento que partia de Lumbier, y le batió completamente, persiguiéndole por espacio de cuatro horas, y quedando en su poder 100 mochilas y 50 fusiles. En seguida con la activa cooperacion de sus compañeros de armas D. Gregorio Cruchaga y D. Luis Gorritz, que mandaba como dijimos una parte de sus fuerzas, no solo logró abrirse paso por entre las columnas francesas que cubrian los vados del rio Arga, sino que prosiguiendo su marcha por distintas direcciones, logró reunir á los suyos en las inmediaciones de Pamplona, en donde se apoderó de un convoy de pólvora que se dirigia á Vitoria, aunque con la irreparable desgracia de la muerte del intrépido Gorritz, que pereció en el acto, de resultas de una violenta caída de caballo.

Espiaba el coronel Mina noche y dia los movimientos de los franceses, aprovechando las ocasiones mas oportunas para atacarlos, aunque sus apuros y riesgos se aumentaban por instantes, en atencion á la superioridad de fuerzas de los contrarios, y hallarse estos posesionados de los puentes de Sangüesa, Galipienzo y otros no menos interesantes.

El general Arispe con 3,000 infantes y 200 caballos se presentó el 11 de marzo al frente de Iruzoqui, cuya posicion defendia Mina con fuerzas muy inferiores. La infanteria francesa embistió cinco veces y con el mayor ímpetu á los españoles; mas estos se sostuvieron firmes hasta que bien entrada la noche se retiraron con el mayor orden, y sin haber cesado un instante el fuego, causando al enemigo una gran pérdida.

Desplegaban las tropas de Mina tales cualidades militares, observaban un orden y disciplina tan grandes, y se batian con tanto valor y arrojo, que el general Arispe, reconociendo que semejantes soldados debian ser reputados como ta-



E. Perez di^o y Ita^o

MINA EN AIRLABAN.

Lit^o de Perez y Donon.



les militares, y no como *brigands*, envió un parlamento á Mina suplicándole respetarse la vida de los prisioneros franceses, y ofreciendo hacer él lo mismo con los suyos. Rodeado el intrépido caudillo español por todas partes, é imposibilitado de poderse trasladar á otra provincia, acordó con Cruchaga dividir sus fuerzas para hacer vacilar al enemigo. Situóse él mismo en Arcos con 160 infantes y 80 caballos, y el 23 de marzo fué atacado allí por una division francesa de 3,000 infantes y 150 caballos, y lo que nos parecería imposible á no constarnos tanto el arrojo de este gefe y el valor que inspirado habia en sus soldados, resistió á tan formidables fuerzas, parangonizadas con las suyas, todo aquel dia, replegándose despues en muy buen orden, cual lo pudiera hacer el mas táctico general, sobre Santa Cruz de Campaza. Seis dias permaneció en Arcos el enemigo, y Mina, siempre atrevido é intrépido, se internó durante ellos en territorio frances, saqueó algunos pueblos, y teniendo que regresar á España con la misma rapidez, lo verificó por las inmediaciones de Roncesvalles, pasando á cuchillo á cuantos franceses caian en su poder. El teniente coronel Cruchaga, fiel imitador del arrojo de su gefe, se dirigió hácia las cercanias de Zaragoza, asistido de dos batallones y alguna caballeria; mas alarmadas con su aproximacion las guarniciones enemigas de aquella capital, y las de Egea, Zuera y otros puntos, se reunieron todas con el objeto de perseguirle, y le alcanzaron el 14 de abril en Castilliscar, donde se trabó una accion en que los enemigos fueron rechazados dos veces á pesar de su superioridad, aunque Cruchaga tuvo al fin que replegarse á la provincia de Navarra.

Incorporado allí con Mina, y continuando este sus activas operaciones para hostilizar á los franceses, fué destacado Cruchaga con 3 batallones y 200 caballos, que apostándose en las inmediaciones de Mendivil, pueblo situado sobre el camino real de Pamplona á Tafalla, esperaron el paso de una columna francesa que sabian debia atravesar por aquel sitio, y atacándola vigorosamente el 18 de mayo, la obligaron á replegarse en la direccion de Tafalla, á pesar de la superioridad de fuerzas del enemigo, con pérdida de muchos muertos y heridos.

A los pocos dias, sabiendo el activo Mina que el mariscal Massena caminaba á Francia juntamente con un convoy, concibió el atrevido pensamiento de sorprenderle sobre Arlaban, puerto situado entre los lindes de Alava y Guipúzcoa, por donde corre la calzada que va á Irun. Para el logro de su intento, marchó á la llamada y de noche por desfiladeros y sendas estraviadas, y amaneció el 25 de mayo sobre el mencionado puerto. Casualmente Massena, á gran dicha suya, retardó salir de Vitoria; mas no el convoy que prosiguió sin detencion su ruta. Las seis de la mañana serian cuando Mina emboscado con su gente se puso en cuidadoso aecho. Constaba el convoy de 150 coches y carros en donde iban las preciosidades, alhajas y riquezas robadas en Portugal, y le escoltaban 1,200 entre infantes y caballos, encargados tambien de la custodia de 1,042 prisioneros ingleses y españoles. Dejó pasar Mina la tropa que hacia de vanguardia; y atacando á los que venian detras, trabóse la refriega que duró 7 horas, terminándose á las tres de la tarde y cayendo en poder de los españoles personas y efectos, es decir, todo el convoy, quedando igualmente libres los prisioneros que conducia. Mas de 800 hombres perdieron los franceses, entre ellos 40 oficiales; cogiendo el mismo Mina por su mano al coronel Laffite. Parte del caudal y las joyas se reservaron para la caja militar: lo demas lo repartieron los vencedores entre sí. Se permitió á las mugeres continuar su camino á Francia, y trató bien Mina á los prisioneros, á pesar de las recientes crueldades ejercidas en los suyos por el enemigo. Se calculó el botin en unos 4.000,000 de reales, poderoso incentivo para acrecentar las partidas, y medio útil para recompensar hasta cierto punto á las tropas de Mina de sus continuas penalidades. El mariscal Massena, que tan casualmente se habia librado de caer en manos de Mina, permaneció en Vitoria, sin atreverse á seguir á Francia hasta que supo la retirada de aquel ilustre caudillo á Zaldundo, lugar distante seis leguas del sitio del ataque. Separémonos nosotros

ahora del valiente gefe navarro, para decir algo de lo que á la sazón pasaba en Valencia, Castilla-la Nueva y las demas provincias que nos restan por recorrer.

En la primera de las mencionadas continuaba mandando D. Luis Alejandro de Bassecourt, no ciertamente con el mejor acierto ni en lo militar ni en lo político, y ansioso de grangearse el aura popular, quiso imitar la conducta del general de Cataluña convocando para el 1.º de enero de 1811 un congreso compuesto de la junta y de diputados de la ciudad y de la provincia. Los resultados fueron consiguientes á tan innecesaria medida, atentoria hasta cierto punto á las facultades de las córtés reunidas en Cadiz, únicas que legalmente podian decretar impuestos y dictar disposiciones legislativas á todas y á cada una de las provincias. Las discusiones del llamado congreso valenciano fueron públicas, limitándose en un principio á proporcionar auxilios, y á cuestiones puramente económicas, mas luego quisieron los nuevos diputados dar mas ensanche á sus atribuciones, y empezaron á examinar la conducta del mismo general. Resintióse este, como era natural, de un proceder tan imprudente, por lo que el 27 de febrero puso término á los debates y prendió á D. Nicolas Garell y á otros de los mas revoltosos, sin considerar que él era el primer culpable en tales escándalos. Las cortes, á cuyo superior conocimiento subió la decisión de todo el negocio, mandaron soltar los presos, cerrando al propio tiempo la puerta á los ambiciosos é inquietos de las provincias con el reglamento que por entonces dieron á las juntas, si bien coartaron en éstas naturales facultades de estas mas de lo conveniente y político. La Regencia, nada satisfecha por su parte de Bassecourt, cuyo proceder se tuvo cuando menos por poco cuerdo, nombró para sucederle interinamente en el mando á D. Carlos Odonnell.

No fueron tampoco mas acertadas en lo militar las determinaciones de D. Luis Bassecourt. Ya vimos en el último sus estravios en este punto. En lo que va del que nos ocupa no fué mas feliz; pues aunque fortificó á Murviedro no coadyuvó cual pudiera al alivio de Cataluña, con especialidad al sosten de la plaza de Tarragona. Hasta el 22 de abril que entregó el mando á Odonnell para regresar á Cuena apenas hizo en estos meses movimiento alguno de importancia; no siendo uno que intentó sobre Uldecona el 12 de mismo abril.

El general Odonnell, queriendo manifestar actividad y deseos de reanimar el espíritu de aquella provincia, que tuvo la desgracia de ser tan mal dirigida desde el principio de la guerra, ordenó al empezar mayo y ayudado de la marina inglesa, una maniobra hácia el embocadero del Ebro. El comodoro Adams, á bordo del *Invencible* con dos fragatas y dos jabeques españoles cañoneó la torre de Codoñol á 800 toesas de la Rápita y el 9 obligó al enemigo á que la evacuase. Al mismo tiempo el conde de Roure con unos doscientos españoles avanzó por tierra, y Pinot, comandante frances de la Rápita, acometido de ingleses y amenazado por españoles se replegó sobre Amposta, punto que inmediatamente rodearon los nuestros. Mas acudieron con prontitud los franceses de Tortosa y de los alrededores con fuerzas superiores y libraron á los suyos, no ocupando sin embargo la Rápita hasta despues de la toma de Tarragona, y limitándose por esta vez á recobrar la torre de Codoñol.

Fuera de esta operación no intentó tampoco Odonnell ninguna otra notable, sino la de enviar á Cataluña la división de Miranda, de cuya conducta nada recomendable se habló ya, y hacer algunos amagos via de Aragon, los cuales no dieron motivo á empresa alguna señalada. Relevado á fines de junio D. Carlos Odonnell, tomó el mando el marqués del Palacio, y desde entonces empezaron á prepararse en aquella infortunada provincia los sucesos consiguientes á tantos desaciertos cometidos en ella, y que tuvieron los funestos resultados que veremos al fin de este año.

En las provincias de Madrid, Toledo, Segovia, Avila, Guadalajara, Cuena y la Mancha, puede decirse que no teniamos mas fuerzas que las de las partidas que por todas ellas hormigueaban. Los franceses tenian en las mismas el ejército que llamaban del centro, á las inmediatas órdenes de José, pudiendo asegurarse que era el único del cual podia disponer. No siendo suficientes sus fuerzas para

contrarestar las ambulantes de los patriotas, tenían que acudir con frecuencia en su ayuda tropas de otras partes, y el ejército de Sebastiani conservaba siempre en la Mancha una de sus divisiones para mantener libre el tránsito entre las Andalucías y Madrid. Cada una de estas provincias estaba á cargo de un gefe militar frances, y las fuerzas entre todas repartidas eran de 25 á 30,000 hombres.

Por nuestra parte existian las juntas de Guadalajara y Cuenca, propensa siempre la primera á desavenencias y discordias con las provincias limítrofes y las partidas, que algunas veces dieron funestos resultados. Otra se formó en la Mancha, que aunque tampoco muy pacífica, concibió el buen pensamiento de dar una *Gaceta*, no bien redactada, pero que iba en cierto modo despertando en la muchedumbre el gusto á la lectura y mantenía en ella el fuego del amor patrio.

Conservábanse aun en estos distritos los antiguos partidarios, excepto alguno que otro que, menos afortunado ó diestro, cayó en las redes del enemigo; pero en cambio nacian otros nuevos, tales como D. Eugenio Velasco y D. Manuel Hernandez, dicho el Abuelo, decididos como los que mas y sedientos de sangre francesa.

Distinguíase como siempre D. Juan Martin el Empecinado, el que despues de su vuelta de Aragon lidió en el mes de febrero varias veces contra fuerzas superiores en Sacedon y el Priego. En el mes de marzo pasó á Molina, y los dias 8 y 9 encerró en el castillo malparada á la guarnicion francesa. De alli se dirigió á Sigüenza, y uniéndose con D. Pedro Villacampa, decidieron ambos embestir la villa y puente de Auñon, provincia de Guadalajara. Este solo puente permanecia intacto, habiendo roto el enemigo los de Pareja y Trillo, y quemando el de Valtablado, todos sobre el Tajo. Dividia este puente los términos de la villa de su nombre y la de Sacedon, y por su importancia lo fortificaron los franceses, lo mismo que las calles y casas de ambos pueblos: tenían en ellos 600 hombres y los mandaba el coronel Luis Hugo, hermano del general que regia el distrito de Guadalajara.

Flanqueado aquel punto por ambas orillas del Tajo, interesaba su ocupacion á los nuestros y á los contrarios. En la mañana del 25 de marzo fueron atacados los franceses que guarnecian este puente por D. Pedro Villacampa, que los desalojó de él y se apoderó de las obras que habian construido para su defensa. Refugiáronse aquellos en la iglesia de Auñon muy fortificada, y cuando dudaba Villacampa atacarlos, la llegada del Empecinado, decidió la ejecucion. Desgraciadamente una furiosa tormenta retardó los ataques y dió lugar á que los enemigos recibieran grandes refuerzos de Brihuega y Taranco, con cuyo motivo los nuestros, despues de destruir las obras, se retiraron llevándose mas de 100 prisioneros, y habiendo muerto y herido á otros tantos hombres, contándose entre los muertos al comandante del puerto Luis Hugo. De resultados de esta accion evacuó el enemigo á Auñon, y Villacampa y el Empecinado se separaron otra vez, satisfecho el uno del otro.

Irritado el soberbio frances en vista de la inquietud y malas obras que le causaba el Empecinado, determinó hacer un esfuerzo para destruirle, reuniéndose al efecto las fuerzas de Hugo, las del general Lahoussaie, que mandaba en Toledo, y algunas otras. D. Juan Martin burló completamente tan activas diligencias, y mientras le buscaban en la provincia de Guadalajara, acometió á los franceses en la de Soria, los escarmentó en Somosierra y en el real sitio de San Idefonso, y hasta envió desatamientos camino de Madrid.

Viendo el gobierno intruso la inutilidad de sus medidas para destruir al Empecinado, recurrió á la intriga, y en esta indigna maniobra fueron mas felices que en las de las armas; pues introdugeron en las filas del Empecinado el descontento y la dispersion, y aun algunos oficiales, aunque muy pocos, se pasaron al enemigo. La indiscreta conducta de la junta de Guadalajara aumentó el mal; pues nombrando para comandante de la provincia, á cuyas órdenes debia estar D. Juan Martin, al marques de Zayas, que no debe confundirse con el distinguido general D. José de Zayas, hombre nada propio para tal destino, generalizó el descontento y aumentó la desercion, en términos que al empezar julio estaban casi estinguidas las fuerzas que

mandaba D. Juan Martin, y que ascendian antes á mas de 3,000 hombres. Por fortuna las córtés pusieron término á tantos males, ordenando que se disolviese la junta, principal causadora de ellos, y que se nombrase otra conforme al nuevo reglamento, del que hablaremos luego; y previniendo al marques de Zayas que dejase el mando, recobró el Empeinado la comandancia de su division, y á los pocos dias apareció esta no menos fuerte y brillante que antes.

Entre los demas partidarios de menos nombre molestaba D. Juan Abril á los franceses desde las sierras de Guadarrama y Somosierra hasta Madrid, atravesando con frecuencia los puertos, y habiendo tenido esta primavera la buena suerte de rescatar 14,000 cabezas de ganado merino que llevaban fuera del reino. Saornil se mostraba no menos intrépido en la provincia de Avila y las confinantes; pero en 1.º de julio, sorprendido de noche por el comandante Montigni junto á Peñaranda de Bracamonte, en donde descuidado dormia al raso con los suyos,



perdió alguna gente, aunque no se retiró hasta despues de un combate muy encarnizado. D. Juan Palarea, el médico, recorría los montes de Toledo, y en Cebolla y otros puntos sorprendió diversas partidas enemigas, cojiendo en junio en Santa Cruz del Retamar á Mr. Lejeune, ayudante de campo del príncipe de Neufchatel.

Casi siempre respetaron nuestros partidarios á sus enemigos; lo cual no impedía que so pretexto de ser foragidos ó soldados juramentados de José, los ahorcasen aquellos ó arcabuceasen á menudo sin conmiseracion alguna. Cuando asi sucedia, los partidarios tomaban pronta y mas crecida venganza. En los montes del Pardo, en todas las avenidas de Madrid y junto á sus mismas tapias amanecian colgados tres ó mas franceses por cada español muerto con notoria infraccion de las leyes de la guerra. Triste y dolorosa represalia; pero que la hacia forzosa la sanguinaria conducta del enemigo.

Del lado de Cuenca se distinguia tambien el otro médico D. José Martinez de San Martin, obrando unas veces solo, otras en combinacion con diferentes partidarios. El 7 de agosto, unido á D. Francisco Abad (Chaleco), escarmentó fuertemente á los franceses en la Osa de Montiel, cogiéndoles bastantes prisioneros y efectos. La misma clase de guerra se hacia en Ciudad Real, Almagro, Infantes y en todas las demas comarcas y villas de la Mancha, lo mismo que en las demas provincias de Castilla la Nueva. Los enemigos tenian que conservar en todas ellas puntos fortificados, en los que frecuentemente se vian obligados á encerrarse y á veces aun á rendirse.

A los que no se paren á considerar la índole de la guerra que historiamos podrá parecer quizás poco necesaria la ligera reseña que hacemos de estos sucesos, graduándolos de insignificante valor; pero no lo creerán así los verdaderos conocedores de aquella gloriosa lucha, pues saben bien, que aunque los hechos de nuestras partidas mirados aisladamente parecen pequeños, reunidos todos forman un conjunto tan imponente, que á él se debió en su mayor parte el triunfo de nuestra porfiada contienda. Mas de tres años contaba ya la lucha sostenida entre los bisoños españoles y los veteranos dominadores de Europa: 500,000 franceses hollaban todavía el suelo peninsular, y fuera de unos 60,000 que detenía á su frente el ejército anglo-portugues, casi todos los demas no hacian otra cosa que balancear hasta donde podian el impetu atrevido de nuestros guerreros, á los que siempre encontraban lidiando lo mismo en las faldas de los Pirineos, y aun á veces dentro de la propia Francia, que en las playas que lamen el bello Guadalquivir y el caudaloso Tajo.

En medio de una disputa tan animada; cuando desde Santi Petri al Vidasoa, y desde la ciudad de Barcino hasta la del hijo del trueno, no se oia mas que el ronco estrépito del cañon y el ruido de las armas; cuando en el teatro de estos ruidosos sucesos vemos representar tan brillante papel, de un lado á hombres que en el día anterior de nadie eran conocidos, y de otro á aquellos soberbios mariscales del imperio, cuya ostentacion y lujo no parece sino que tiraban á oscurecer el esplendor y grandeza de la noble victima del hijo de Filipo, divisamos allá, oculto en los rincones de un palacio, á un hombre que debiendo ser el protagonista de este confuso drama, sangriento y glorioso á la vez, no hay quien se acuerde de él ni aun para confiarle el mas insignificante desempeño. José Napoleon, el pretendido rey de España, ese hombre, no escaso de talento en verdad, y con un regular fondo de filosofía, aunque desgraciadamente sofocada por los primeros arranques de la ambicion, es el que permanece en Madrid desdeñado de su hermano, despreciado de sus mariscales, justamente odiado de los españoles, y acatado solamente de aquella pequeña comparsa de hombres degradados que, avezados á las bajezas, sin mas patria que el interes, ni otro honor que las inspiraciones de la codicia, se arrastran vilmente por las antesalas del poder y lamen con humillacion las plantas de todo el que puede satisfacer sus pasiones.

Nada estrañamos nosotros ver á José tratado con tanto desden por su hermano. No fué mas afortunado con su abuelo en los primeros años de su reinado Felipe V, al que con sobrada razon llamaban los partidarios de la casa de Austria la sombra de Luis XIV, y la misma suerte correrá todo principe que deba al monarca de las Tullerías la posesion del trono español; razon poderosísima que debiera tener siempre en guardia á los hijos de esta nacion tan magnánima como infortunada, para rechazar con firmeza toda alianza que de algun modo pueda hacerlos dependientes del orgulloso habitador de las márgenes del Sena. Mas estrañamos ciertamente que el emperador frances, despues de haber ahogado la sagrada mision á cuya inauguracion fuera llamado, para volver á los tronos el gastado esplendor que las luces de la moderna civilizacion iban eclipsando, permitiera que sus mariscales ennegrecieran así el que, segun su equivocado sistema, debia rodear al de su hermano. ¡Conducta contradictoria, que debe servir de leccion á los pueblos y á los monarcas!..

De proceder tan escandaloso se quejaba agriamente José, aunque de nadie era oido, y al mismo tiempo que se via desautorizado entre los ejércitos de su hermano, leia en el semblante de los que apellidaba súbditos el descontento que á todos causaba su presencia. Verdad es que contribuia mucho á este despego la conducta de los generales y tropa francesa, á la cual achacaba el intruso monarca el descontento de los pueblos, figurándose que sin ella seria amado. Así lo espresaba siempre José, consiguiendo por único fruto irritar mas al Emperador, pues al saber este que los deseos de aquel eran verse libre de tropas francesas, decia oportunamente: «*Si mi hermano no puede apaciguar la España con 400,000 franceses,*

«¿cómo presume conseguirlo por otra vía?» Y luego añadía: «no hay ya que hablar del tratado de Bayona: desde entonces todo ha variado: los acontecimientos me autorizan á tomar todas las medidas que convengan al interes de la Francia (1).» Cada vez disimulaba menos Napoleon su modo de pensar. La esposa de José escribía á su esposo desde Paris: «¿Sabes que hace mucho tiempo intenta el Emperador tomar para sí las provincias del Ebro acá? En la última conversacion que tuvo conmigo, díjome que para ello no necesitaba de tu permiso, y que lo ejecutaria luego que se conquistasen las principales plazas.»

Disgustado José de su posicion, deseaba unas veces entrar en acomodamiento con las córtes de Cádiz, y otras retirarse á la vida privada. «Mas quiero, decia, ser vasallo del Emperador en Francia, que continuar en España siendo rey en el nombre: allí seré buen súbdito; aquí mal rey.» Noble resolucion que hubiera dado un positivo brillo á su nombre llevada á término. Para ver si conseguia inclinar la voluntad de su hermano á su favor, determinó despues ir á Paris á demostrarle lo que se interesaba en sus satisfacciones recientes por haberle dado la nueva emperatriz un hijo el 20 de marzo, creyendo José esta ocasion oportuna para el logro de sus deseos. Mal conocia el pretendido rey de España el carácter de su hermano, cuya ambicion tomaba otro giro con el título de padre, aspirando ya á dejar á su hijo todo el fruto de sus conquistas, las cuales solo por falta de sucesion habia repartido entre sus hermanos. Asi se deduce de una carta que pocos meses despues escribía á José su hermana Elisa, en la que le decia: «Las cosas han variado mucho; no es como antes. El Emperador solo quiere sumision, y no que sus hermanos se tengan respecto de él por reyes independientes. Quiere que sean sus primeros súbditos.»

El 25 de abril salió José para Paris acompañado de D. José Ofarril, ministro de la Guerra, y del de Estado D. Mariano Luis de Urquijo; pero la precaucion con que caminaba para no caer en manos de nuestras partidas no le permitió pasar el Vidasoa hasta el 10 de mayo, llegando á Paris el 16 del mismo mes. Asistió el 9 de junio al bautizo del rey de Roma, y el 27, ya de vuelta, atravesó otra vez nuestras fronteras. El 15 de julio entró en Madrid solo, pues ni su esposa Julia, hija de Mr. Clary, rico comerciante de Marsella, ni dos niñas que formaban su familia, pusieron nunca el pié en España.

El viage á Paris solo proporcionó á José la última conviccion de las intenciones de su hermano con respecto á las provincias del Ebro, cuya agregacion al imperio frances estaba como resuelta. En los demas puntos tampoco obtuvo sino promesas y palabras, limitándose Napoleon á concederle, á fuerza de ruegos, el auxilio de un millon de francos mensual.

Un subsidio tan corto no remediaba las necesidades del exhausto erario del intruso, mayormente con la miseria en que encontró José sumido á Madrid á su regreso, el cual coincidió con aquella hambre horrorosa cuya imágen se ve con terror en el cuadro que presenta sus estragos y que, regularmente trabajado, existe en el Museo de pinturas de la corte.

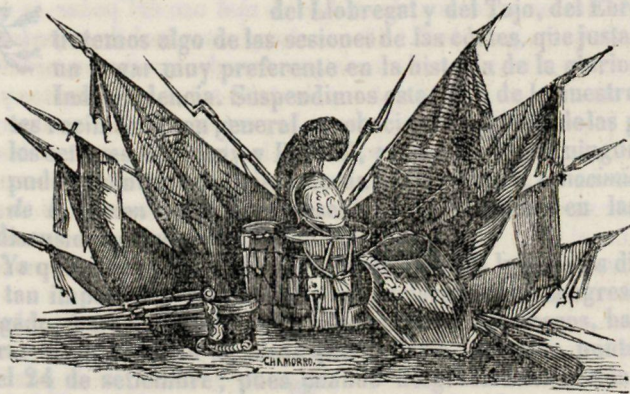
Abatido ya el espíritu de José, y fuertemente enojado contra su hermano, trató de ver si á todo trance podia componerse con los españoles, á cuyo fin mandó á Cádiz al canónigo de Burgos D. Tomas La Peña, hermano del general del mismo nombre, encargado de abrir negociacion con las córtes y la Regencia, en cuyos brazos se echaba el intruso sin mas condicion que se le reconociese por rey. Es tan extraño este paso de José, que él solo podria justificar á los ojos de la multitud el ridiculo, aunque injusto concepto, que de él tenia formado. No le haremos nosotros semejante injusticia, y solo veremos en su desacordada conducta una prueba mas de lo falso é insostenible de su posicion.

(1) Esta cita y las de las cartas siguientes estan tomadas de una correspondencia cogida con otros papeles en el coche de José Bonaparte despues de la batalla de Vitoria en 1813.

La Peña desempeñó su comision cerca de la Regencia, la cual rechazó la propuesta con la dignidad y firmeza propias de los esclarecidos varones que la componian, aunque sin hacer mérito de su resolucion, ni distraer la atencion de las córtes con ella, ni menos llamar la del público: sábia reserva que libertó al imprudente comisionado de los disgustos que pudo causarle su intempestiva mision (1).

No desistió por eso José de su idea, y en los meses siguientes volvió á enviar nuevos emisarios, de los que hablaremos en su lugar, y que todos obtuvieron el mismo resultado, estrellándose sus esfuerzos en la firmeza española, cuya constancia en sostener los principios proclamados hace resaltar mas la cruel perfidia, la negra ingratitud con que fué correspondida.

(1) De esta comision sacó sin duda M. de Pradt la quimérica noticia que apunta en su obra intitulada *Memoires historiques sur la revolution d'Espagne*, cuando dice que las córtes enviaron diputados á Sevilla antes de la batalla de la Albuera para tratar de componerse con José. Aunque las muchas patrañas que se leen en dicha obra son bastantes para desvirtuar todos sus asertos, hemos creído, sin embargo, deber aprovechar esta ocasion para declarar, que ni las córtes, ni ninguno de nuestros gobiernos tuvo España en aquella época, pensaron nunca entablar tratados de ninguna especie con José ni con Napoleón.



CAPITULO XX.

Córtes.—Discusion sobre las proposiciones de los señores Capmany y Borrull.—Decreto de las córtes del 1.º de enero de 1811.—Asuntos de América.—Providencias adoptadas por las córtes para aquellos dominios.—Disposiciones sobre la guerra y hacienda.—Se trasladan las córtes á Cádiz.—Memoria del ministro de Hacienda.—Presupuestos.—Acuerdo de las córtes.—Memoria del ministro de la Guerra.—Se aprueba el estado mayor del ejército.—Fundacion de la órden militar de San Fernando: sus estatutos.—Reglamento para las juntas de provincia.—Mejoras en el ramo judicial.—Decreto sobre los señorios.—Presenta la comision de Constitucion sus primeros trabajos.—Ofrece Inglaterra su mediacion para pacificar las Américas.—Comision del señor Zea Bermudez.



EMOS ahora algun descanso al espiritu fatigado con la contemplacion de tan terribles escenas, y afectado á la vista de tanta sangre como hemos visto ir á aumentar las rápidas corrientes del Llobregat y del Tajo, del Ebro y del Duero, y

tratemos algo de las sesiones de las córtes, que justamente reclaman un lugar muy preferente en la historia de la gloriosa Guerra de la Independencia. Suspendimos esta parte de la nuestra cuando las córtes recibieron con general aprobacion el espiritu de las proposiciones de los señores Capmany y Borrull, reducidas á que ningun rey de España pudiera contraer matrimonio sin *previa noticia, conocimiento y aprobacion de la nacion española representada legitimamente* en las córtes, en cuya discusion se entró el 29 de diciembre.

Ya que no nos sea dado reproducir aqui los luminosos discursos que sobre tan importante materia se pronunciaron en el congreso, nos creemos obligados á transcribir al menos algunos pequeños rasgos, bastantes siquiera para demostrar la unanimidad de ideas que en este supremo punto se deja ver en las córtes del 24 de setiembre; pues cuando desgraciadamente la historia llevará á la posteridad las erradas máximas que con dolor hemos visto sustentar en nuestros malhadados dias, justo es que la misma historia trasmita tambien á nuestros descendientes las verdaderas y sanas doctrinas que treinta y seis años antes proclamaban los legitimis representantes de la nacion, cuando esta no habia llegado al grado de corrupcion en que tristemente se encuentra al promedio del siglo XIX.

Los diputados menos afectos á las reformas rindieron con notable patriotismo en aquella memorable discusion el mas cumplido homenaje á los derechos del pais en materia tan interesante; y por eso el señor Borrull decia: «En el fuero de Sobrarbe que regia á los aragoneses y navarros, fué establecido que los reyes no pudieran «declarar guerra, hacer paces, treguas, ni dar empleos, sin el consentimiento de

«doce ricos-homes, y de los mas sabios y ancianos. En Castilla se estableció tam-
 «bien en todas las provincias de aquel reino, que los hechos árdusos y asuntos gra-
 «ves se hubieran de tratar en las mismas córtes, y asi se ejecutaba, y de otro mo-
 «do eran nulos y de ningun valor y efecto semejantes tratados. Asi que, atendiendo
 «á la ley antigua y fundamental de la nacion y á estos hechos, cualquiera cosa que
 «resulte en perjuicio del reino debe ser de ningun valor... Esta aprobacion nacional
 «debe servir siempre á los reyes como una barrera contra los esfuerzos estraordi-
 «narios de sus enemigos, porque sabiendo los reyes que sus caprichos no han de
 «ser admitidos por el Estado, se abstendrán de entrar en ellos.»

Anti-reformista como el señor Borrull era tambien D. José Pablo Valiente, y sin embargo aquel respetable magistrado no solo aprobaba las proposiciones, sino que deseaba fuesen mas claras y terminantes. «Podia suceder muy bien, decia, que nuestro incauto, sencillo y cándido principe, sin la esperiencia que dá el mundo se presentase con una princesa jóven para sentarse tranquilamente en el trono. Y entonces las córtes acertarian en determinar que no fuese admitido, porque este matrimonio de ningun modo puede convenir á España... Sea ó no casado Fernando, nunca le admitiremos que no sea para hacernos felices...»

Si asi se espresaban los diputados menos afectos á las ideas liberales, puede inferirse cuál seria el lenguaje de los patronos de estas. Sin detenernos en los argumentos de los señores Argüelles, Oliveros, Gallego y otros, nos limitaremos en obsequio de la brevedad á apuntar algunas ideas de las contenidas en el notable discurso del señor García Herreros, que como diputado por Soria resplandecia en él el patrio fuego de los inmortales numantinos, unido á los mas estensos conocimientos en nuestra legislacion é historia de las antiguas córtes, como procurador que habia sido de los reinos. Este célebre diputado, al que en medio de la severa rigidez de sus principios encontraremos siempre al lado del pueblo, decia con su acostumbrada franqueza y claridad: «Desde el principio han estado los reyes sujetos á las leyes que les ha dictado la nacion... Esta les ha prescrito sus obligaciones y les ha señalado sus derechos, declarando nulo de antemano cuanto en contrario hagan. La ley 29, tit. 11 de la partida 3.^a, dice: *Si el rey usase alguna cosa que sea en daño ó menoscabo del reino, non es temido de guardar tal jura como esta. Siempre ha podido la nacion reconvenirles sobre el mal uso del poder, y á este efecto dice la ley 10, tit 1.º, partida 2.^a Que si el rey usase mal de su poderio le puedan decir las gentes tirano é tornarse el señorío que era, de derecho en torticero.* Los que se escandalizan de oír que la nacion tiene derecho sobre las personas y acciones de sus monarcas, y que puede anular cuanto hagan durante su cautiverio, repasen los fragmentos de leyes que he citado, lean las leyes fundamentales de nuestra monarquía desde su origen, y si aun asi no se convencen de la soberanía de la nacion, de que esta no es patrimonio de los reyes, y de que en todos tiempos la ley ha sido superior al rey, crean que nacieron para esclavos y que no deben ser miembros de esta nacion, que jamás reconocerá otras obligaciones que las que ella misma se imponga...»

Con no menor enerjia, firmeza y saber sostuvieron la discusion los diputados americanos, apoyando todos las proposiciones, y señalándose muy especialmente en sus animados discursos los señores Mejía y Leiva; siendo digno de particular mencion, en atencion á sus antecedentes, el respetable diputado por el Perú D. Dionisio Inca Yupangui, capitan de navio de la armada nacional. Este ilustre indio, en cuyo grave y melancólico rostro estaba retratada con la filiacion de su origen, la tristeza que grabára en su nacion la injusticia de que fué victima, con el laconismo propio de sus ascendientes dijo: «Órgano de la América y de sus deseos, declaro á las córtes que sin la libertad absoluta del rey en medio de su pueblo, la total evacuacion de las plazas y territorio español, y sin la completa integridad de la monarquía, no oír á la América proposiciones ó condiciones del tirano Napoleon, ni dejará de sostener con todo fervor los votos y resoluciones de las córtes.» Asi se espresaba aquel hombre, que como descendiente directo del último

emperador del Perú, decapitado en la plaza del Cuzco por la sanguinaria crueldad de Pizarro, parecia colocado por una justicia providencial en medio de la España representada en sus córtes, para que comparado con los desastres que la nacion sufría, fuera un ejemplo vivo de la rectitud de sus determinaciones, y recordára diariamente al pueblo español los extravíos de sus antepasados, y la atroz muerte del abuelo de D. Dionisio, una de las mas injustas de que hace mencion la historia.

Al fin, despues de cuatro dias de discusion, en los cuales compitió el patriotismo con la elocuencia, teniendo presentes las proposiciones de los señores Capmany y Borull, y las diferentes adiciones que se hicieron, estendió el señor Perez de Castro un decreto que se aprobó en estos términos el 1.º de enero de 1811: « Las « córtes generales y extraordinarias, en conformidad de su decreto de 24 de setiembre del año próximo pasado, en que declararon nulas y de ningun valor las renuncias hechas en Bayona por el legitimo rey de España y de las Indias el señor Don « Fernando VII, no solo por falta de libertad, sino tambien por carecer de la esencialísima é indispensable circunstancia del *consentimiento* de la nacion, declaran que « no reconocerán, y antes bien tendrán y tienen por nulo y de ningun valor ni efecto todo acto, tratado, convenio ó transaccion de cualquier clase y naturaleza que « hayan sido ó fueren otorgados por el rey, mientras permanezca en el estado de « opresion y falta de libertad en que se halla, ya se verifique su otorgamiento en el « pais enemigo, ó ya dentro de España, siempre que en este se halle su real persona rodeada de las armas, ó bajo el influjo directo ó indirecto del usurpador de « su corona; pues jamás le considerará libre la nacion, ni le prestará obediencia « hasta verle entre sus fieles súbditos en el seno del congreso nacional que ahora « existe ó en adelante existiere, ó del gobierno formado por las córtes. Declaran « asimismo que toda contravencion á este decreto será mirada por la nacion como « un acto hostil contra la patria, quedando el contraventor responsable á todo el rigor de las leyes. Y declaran por último las córtes que la jenerosa nacion á quien « representan no dejará un momento las armas de la mano, ni dará oídos á proposicion de acomodamiento ó concierto de cualquier naturaleza que fuere, como no « preceda la total evacuacion de España y Portugal por las tropas que tan inicuamente los han invadido; pues las córtes están resueltas con la nacion entera á « pelear incesantemente hasta dejar asegurada la religion santa de sus mayores, « la libertad de su amado monarca y la absoluta independendencia é integridad de la « monarquia. » Asi terminaron las córtes asunto tan trascendental, y con su magnánima resolucion se puede asegurar, con un célebre historiador, que se encumbraron á par del senado romano en sus mejores tiempos. ¡Bendiciones sin fin á tan dignos diputados! ¿Cómo ha habido despues españoles que no han sabido imitarlos en análoga situacion?

Durante este tiempo iba estendiéndose la llama de la insurreccion por todas las provincias de América, y las córtes, unas veces estimuladas por los diputados de aquellos paises, y otras por el deseo de poner término á tamaños males, se ocuparon de ellos en diferentes ocasiones, dictando con mas ó menos acierto las medidas legislativas que juzgaron mas á propósito para apagar el incendio; pero este habia tomado demasiada fuerza para poder ceder á la pacífica influencia de los decretos. Hablaremos de estos despues de hacer una ligera reseña del estado de las provincias ultramarinas. Ya cuando anteriormente tratamos esta materia espusimos las verdaderas causas tanto remotas como próximas que habian preparado la emancipacion de las Américas, restándonos ahora únicamente decir con la posible brevedad el modo con que cada una de aquellas provincias fué ejecutando su antiguo y deseado proyecto.

Caracas fué la primera en sacudir el yugo peninsular que la oprimia, segun igualmente dijimos, el 19 de abril de 1810. A consecuencia de las noticias recibidas de la invasion de las Andalucías y retirada de la junta central á la Isla de Leon, se sublevó el pueblo de aquella ciudad, capital de Venezuela, al que se unió la tropa, nombrándose una junta suprema é independiente, aunque en los primeros tiempos



PRONUNCIAMIENTO DE AMÉRICA.

governó á nombre de Fernando VII. Coro y Maracaybo permanecieron al principio tranquilos; pero los demas partidos y provincias de Venezuela imitaron el ejemplo de la capital, tan conforme con el universal deseo. El poco conocimiento de aquellos países ha estraviado el celo de algunos escritores hasta el extremo de acriminar á los gefes españoles que mandaban en ellos, creyendo que con mas decision y firmeza les hubiera sido fácil sofocar la insurreccion; y segun esta equivocada idea, empiezan culpando á D. Vicente Emparan, capitan general que era de Venezuela, á quien llaman hombre de poca resolucion por no haber sabido parar el golpe. Injusto seria, aun cuando convengamos en la debilidad de algunos, no deshacer tamaño error, y dejar pesar sobre aquellos desgraciados gefes una responsabilidad que no les corresponde, cuando mas dignos de lástima que de censura son todos los que se encontraron en aquella terrible crisis á la cabeza de las provincias pronunciadas, faltos de medios para sofocar un movimiento que nacia ya gigante, con fuerzas bastantes para triunfar de cuantos obstáculos se le opusieran y contra cuyo poder se hubiera estrellado la resolucion de los hombres mas arrojados. Si los escritores que con tanta ligereza han pretendido denigrar la reputacion de los citados gefes, quieren convencerse de su error, examinen lo que sobre la revolucion de las Américas españolas han escrito los que fueron sus víctimas, y no se dejen arrastrar de las falsas narraciones formadas á dos ó tres mil leguas de los campos de la lucha, sin conocimiento de sus antecedentes, ni mas datos que las inspiraciones de una imaginacion exaltada, buena cuando mas para hacer una novela, pero absolutamente imponente para escribir la historia. Recuerden tambien los que asi piensan los nombres de Venegas, Calleja, Abascal, Goyeneche, Pezuela, Osorio, Morillo y otros mil caudillos, y al ver el poco fruto que sacaron los unos de su valor y los otros de sus crueldades, se convencerán del poder que desde un principio desplegó la revolucion americana, del error que cometió el gobierno español en pretender sofocarla con las bayonetas, y del gran partido que pudo sacarse á haber sido á las córtes posible seguir desde un principio los consejos de mas previsora política.

Sin conocimiento de los sucesos de Caracas, porque era imposible tenerlo, y solo por la general predisposicion de toda la América á proclamar su independencia, lo efectuó Buenos-Ayres en 25 de mayo del mismo año, nombrando, no un congreso como suponen algunos, el cual no se reunió allí hasta mucho tiem-



F. Perez d. y J.º

LA TIERRA AMARILLA.

Lit.º de Perez y Joron.



po despues, sino una Junta Suprema, por el modelo de las formadas en España, y en la que entraron dos diputados catalanes, de cuyos nombres no queremos acordarnos por honor al carácter español, pues fueron los que mas lágrimas hicieron derramar á las familias europeas de Buenos-Ayres. Estaba allí de virey D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, el que sin un soldado á su disposicion, pues todos se pusieron al lado de la junta, se vió precisado á ceder á las 10,000 bayonetas que aquella tuvo á sus órdenes desde el primer dia, embarcándose para España.

Asi fueron unas tras otras pronunciándose todas las provincias del continente americano, é inaugurándose la sangrienta guerra que tan desastrosamente terminó en Ayacucho.

La revolucion de América, privando á la nacion de los inmensos recursos con que la auxiliaba en su gloriosa lucha, llamó justamente la atencion de las córtes, y en su consecuencia acordaron todas aquellas medidas con las cuales creyeron poder detener el curso del pronunciamiento; y el 9 de febrero de este año declararon: « que la representacion americana en las córtes que en adelante se celebrasen, seria enteramente igual en el modo y forma á la que se estableciese en la Peninsula, debiéndose fijar en la Constitucion el arreglo de esta representacion nacional sobre las bases de la perfecta igualdad, conforme al decreto de 15 de octubre.»

Mandaron igualmente que en aquellas regiones se pudiera cultivar y sembrar cuanto quisieran, pues habia frutos, como la viña y el olivo, que estaba prohibido beneficiar. Dióse tambien opcion para toda clase de empleos y destinos á los criollos, indios é hijos de ambas clases como si fueran europeos. Se eximió á los indígenas de toda la América del tributo que pagaban, aboliéndose los repartimientos, que aunque ya ilegales, continuaban todavia abusivamente en algunos distritos. Lo mismo se hizo con la *mita* ó trabajo forzado de los indios en las minas, que aunque prohibida en Nueva-España, continuaba en el Perú. En suma, las córtes fueron decretando sucesivamente para la América todo lo concerniente á establecer una perfecta igualdad con Europa; pero no decretaron la independencia tan reclamada por las circunstancias, ni pudieron acaso declararla temiendo se las arguyese de la desmembracion del territorio español, y por lo mismo sin conseguir nada con sus concesiones, perdieron la ocasion mas oportuna de consolidar una federacion constante y provechosa entre ambos paises, con la cual se hubieran elevado al mayor grado de poder, y puesto en estado de ofrecer un seguro apoyo á la emancipacion de los pueblos.

Aunque las muchas atenciones que rodeaban á las córtes no les permitieron en los primeros meses ocuparse mucho en guerra y hacienda, sin embargo no abandonaron nunca estos importantes puntos del modo que sus émulos han supuesto, sin reflexionar que en lo concerniente á la guerra el cargo era de la Regencia, y á las córtes solo tocaba el decretar armamentos, como lo hicieron en 15 de noviembre del año 10, autorizando á aquella para levantar 30,000 hombres, con los cuales se reforzaron los ejércitos. Igualmente formaron una ley con objeto de dar impulso á la fabricacion de fusiles; adoptando otras providencias respecto de lo demas que atañia á armamento y municiones.

En el ramo de hacienda, interin las respectivas comisiones tomaban los conocimientos y adquirian los datos necesarios para el debido acierto en materia tan difícil, mandaron las córtes que se reuniesen en una sola tesoreria general los caudales de la nacion; medida importante que cortó muchos abusos.

A los pocos dias de instaladas las córtes determinaron estas trasladarse á Cádiz, como punto mas propio bajo todos conceptos para la residencia del gobierno; mas la epidemia que se manifestó en aquel otoño les hizo suspender su determinacion hasta febrero, y el 20 de dicho mes cerraron sus sesiones en la Isla, abriéndolas el 24 del mismo en Cádiz, en un local mas digno y mejor dispuesto que el anterior, pues se escogió la hermosa iglesia de San Felipe Neri, bastante espaciosa y en forma de rotunda.

El 26 del citado febrero se presentó en el congreso D. José Canga Argüelles, secretario que era á la sazón del despacho de hacienda, y por ser el papel que leyó el primer presupuesto de gastos y entradas que se leyó en las córtés juzgamos necesario extraerlo.

«El importe de la deuda, decia el ministro, asciende á 7,194.266,859 reales vellón, y los réditos vencidos á 219.691,473 de igual moneda.» No entraba en este cómputo los empeños contraídos desde el principio de la insurrección, que por lo general consistían en suministros aprontados en especie. El gasto anual, sin los réditos de la deuda, le valuaba el Señor Canga en 1,200.000,000 de reales, y los productos en solo 255.000,000. «Tal es, continuaba el ministro, la extensión de los desembolsos y de las rentas con que contamos para satisfacerlas, calculadas aproximadamente, por no ser dado hacerlo con exactitud, por la falta á veces de comunicacion entre las provincias y el gobierno, por las ocurrencias militares de ellas...» «Si la santa insurrección de España hubiera encontrado desahogados á los pueblos, rico el tesoro, consolidado el crédito y franqueados todos los caminos de la pública felicidad, nuestros ahogos serian menores, mas abundantes los recursos, y los reveses hubieran respetado á nuestras armas; pero una administracion desconcertada de veinte años, una serie de guerras desastrosas, un sistema opresor de hacienda, y sobre todo la mala fé en los contratos de esta y el desarreglo de todos los ramos, solo dejaron en pos de sí la miseria y la desolacion; y los albores de la independencía y de la libertad rayaron en medio de las angustias y de los apuros...» «A pesar de todo, hemos levantado ejércitos; y combatiendo con la impericia y las dificultades, mantenemos aun el honor del nombre español, y ofrecemos á la Francia el espectáculo terrible de un pueblo decidido que aumenta su ardor al compás de las desgracias...»

Desde el siguiente dia empezaron las córtés á deliberar sobre la memoria del ministro de Hacienda y á buscar medios para cubrir el presupuesto, en lo que invirtieron muchas sesiones, adoptando al fin varias contribuciones é impuestos con los que poder ir haciendo frente á gastos tan cuantiosos como los que irrogaban la guerra y demas atenciones de que se encontraba rodeada la nacion.

El ministro de la Guerra se presentó en las córtés el 4.º de marzo y leyó tambien una estensa memoria esponiendo las causas de los desastres padecidos en los ejércitos y las medidas que convenia adoptar para poner en ello un pronto remedio.

Aprobaron tambien las córtés el estado mayor del ejército creado por la primera Regencia, y fundaron la órden militar de San Fernando, formando para ella un reglamento que, observado como lo fué hasta 1814, hubiera sido en todos tiempos el signo de un mérito distinguido; pero que puesto despues en manos de los siguientes gobiernos ha servido, como todas las demas condecoraciones, para premiar intrigas, adulaciones y bajezas.

Los desórdenes cometidos por algunas juntas de provincia hicieron á las córtés formar un reglamento para dichas corporaciones que publicado el 18 de marzo rigió hasta el establecimiento de la Constitucion, segun queda ya referido en el capitulo XIX. El ramo judicial reclamaba tambien grandes y urgentes mejoras, por lo cual las córtés, sin esperar al total arreglo que preparaba la comision de Constitucion, y en virtud de proposicion del Sr. Argüelles, dieron el 22 de abril un decreto aboliendo la tortura é igualmente la práctica introducida de afligir y molestar á los acusados con lo que ilegal y abusivamente llamaban apremios; bárbara invencion que veinte años antes introdujo el famoso superintendente de policia Cantero, hombre duro y sanguinario, y que para confusion y escarmiento de los desgraciados españoles volvió á usarse despues del año 14 en las causas que llamaban de estado, llegando ocasion de emplearse por órden secreta del mismo monarca (1). ¡Qué horror, qué ingratitude! Aquel mismo hombre que todo

(1) Entre otros contra D. Juan Antonio Yandiola en 1817, como complicado, segun aseguraban, en la



LA TORTURA.

lo debía á los españoles, así correspondía, y con tan inaudita crueldad remuneraba á los que habían roto las cadenas que su misma debilidad les había impuesto.

Un asunto de inmensa trascendencia acometieron después las cortes, cual fué el de la abolición de los señoríos jurisdiccionales, residuos funestos del feudalismo y usurpaciones injustas perpetradas contra los verdaderos derechos del pueblo, en las que no reconocemos sino muy rara vez lo que se quiere llamar derechos justamente adquiridos, pues la usurpación jamás podrá ser justa por más que con ella se haya tratado de remunerar los más recomendables servicios. Prémiese en buen hora estos; pero no despojando para ello á los pueblos de sus verdaderos derechos, cualquiera que estos sean.

Inauguró este importante asunto en las cortes de Cádiz D. Antonio Lloret, diputado por Valencia y natural de Alberique, pueblo que había traído continuas reclamaciones contra los duques del Infantado. Dicho señor formalizó en 30 de marzo una proposición pidiendo « se reintegrasen á la corona todas las jurisdicciones « así civiles como criminales, sin perjuicio del competente reintegro ó compensación á los que las hubiesen adquirido por contrato oneroso ó causa remuneratoria. » Esta proposición, después de apoyada por varios diputados, pasó á la comisión de Constitución. Pero no conforme con la demora que aquel paso ofrecía, el señor Alonso y Lopez, diputado por Galicia, la renovó el 1.º de junio, ampliándola más y pidiendo que además del ingreso en el erario, mediante indemnización de ciertos derechos, como tercias reales, alcabalas, yantares, etc., « se desterrase sin dilación « del suelo español y de la vista del público el feudalismo visible de horcas, argollas y otros signos tiránicos é insultantes á la humanidad que tenía erigido el sistema feudal en muchos cotos y pueblos... »

Más como este diputado en su propuesta indicaba que para ello se instruyese expediente por el Consejo de Castilla y por los intendentes de provincia, se enardeció el celo patriótico del señor García Herreros, y levantándose precipitadamente di-

conspiración de Richard. El mismo Fernando VII permitió que le aplicasen el horrible apremio conocido bajo el nombre de Grillos á salto de trucha. Y sin embargo el mismo Yandiola tuvo la generosidad de contribuir desde 1820 hasta 1823, como diputado y como ministro, á sostener la autoridad y defender la persona de aquel monarca. ¡Qué singular contraste...!

jo con su acostumbrada resolucion: «Todo eso es inútil... En diciendo, *abajo todo*, «fuera señoríos y sus efectos, está concluido... No hay necesidad de que pase al Consejo de Castilla, porque si se manda que no se haga novedad hasta que se terminen los expedientes, jamas se verificará. Es preciso señalar un término como lo tienen todas las cosas, y no hay que asustarse con la medicina, porque en apuntando el cáncer hay que cortar un poco mas arriba.» Este discurso, pronunciado con aquella energia y desenfado que caracterizaban al orador, al que daba todavía mas valor su aspecto grave y varonil, produjo tal impresion en las córtes, que muchos diputados á la vez pidieron al señor García Herreros que fijase por escrito su pensamiento (1), lo que verificó, añadiendo «á la incorporacion de señoríos y jurisdicciones la de posesiones, fincas y todo cuanto se hubiese enagenado ó donado, reservando á los poseedores el reintegro á que tuvieren derecho.» Modificó despues sus proposiciones, las que tambien quedaron corregidas en la discusion.

Esta empezó el 4 del citado junio, leyéndose antes una representacion de varios grandes de España, en la cual en vez de limitarse á pedir alguna juiciosa modificacion á la propuesta del señor García Herreros, se adelantaban á sostener con razones propias del tiempo del feudalismo, sus pretendidos privilegios é ilegítimos derechos. Lo que consiguieron con tan imprudente paso fué enagenarse el voto de muchos diputados que sin él hubieran votado contra la proposicion.

La discusion de esta duró casi todo el mes, pronunciándose en ella los mas sólidos y fundados discursos, y distinguiéndose entre todos los del Sr. García Herreros, que tomó la palabra repetidas veces y siempre con la misma energia y firmeza. Animado de estas cualidades, decia en una de sus peroraciones: «¿Qué diria de su representante aquel pueblo numantino, (ya hemos dicho que era diputado por Soria, asiento de la



LAS MUJERES DE NUMANCIA.

(1) Uno de estos fué el conde de Toreno, el cual dijo: «Yo, poseedor de varios señoríos jurisdiccionales, pido al señor García Herreros se sirva formalizar su proposicion por escrito.» Habiendo observado que el mismo conde de Toreno, tan exacto y aun minucioso narrador de los sucesos memorables de las córtes extraordinarias, no hace mérito en su historia de este pasage, que tanto honra su memoria, omision ciertamente aconsejada por la delicadeza, hemos creído un deber de justicia publicarla nosotros, ya en prueba de nuestra imparcialidad, y ya tambien para que el lector tome una idea de las eminentemente liberales que caracterizaban á dicho conde en el principio de su vida pública, pues en las córtes de Cádiz siempre estuvo al lado de los señores Argüelles, Muñoz Torrero, García Herreros y demas reformistas. Tributamos gustosos este homenaje á la verdad, al mismo tiempo que con dolor lamentamos otra vez la inconsecuencia del corazón humano;

« antigua Numancia), que por no sufrir la servidumbre quiso ser pábulo de la ho-
« guera? ¿Los padres y tiernas madres que arrojaban á ella sus hijos, me juzgarian
« digno del honor de representarlos, si no lo sacrificase todo al ídolo de la libertad?
« Aun conservo en mi pecho el calor de aquellas llamas, y él me inflama para ase-
« gurar que el pueblo numantino no reconocerá ya mas señorío que el de la na-
« cion. Quiere ser libre y sabe el camino de serlo. »

Al fin el 4.º de julio se votaron las bases sobre las cuales la comision nombrada para este asunto debia estender el conveniente decreto que se publicó en 6 de agosto, concebido en términos sumamente moderados. Abolióanse en él los señoríos jurisdiccionales, los dictados de vasallo y vasallage, y las prestaciones asi reales como personales del mismo origen: dejábanse á sus dueños los señoríos territoriales y solariegos en la clase de los demas derechos de propiedad particular, escepto en determinados casos, y se destruian los privilegios llamados exclusivos, privativos y prohibitivos, adoptándose ademas otras oportunas disposiciones.

Este fué uno de los decretos que mas justa popularidad dieron á las córtes, popularidad que se aumentó estraordinariamente al presentar la comision de Constitucion sus primeros trabajos el 13 de agosto, de cuyo importante asunto nos ocuparemos en otro lugar.

Un negocio grave se presentó por este tiempo á las cortes, y del cual trataron en secreto; cual fué la mediacion ofrecida por la Gran Bretaña para la pacificacion de las Américas, á condicion de que se le concediera á la potencia mediadora el comercio directo con aquellos dominios. Como este asunto no se terminó, aunque de un modo fatal, hasta el año próximo, nos reservamos tambien para entonces tratar de él.

En la misma época que ahora vamos examinando se entabló otra negociacion muy sigilosa, propia solo de la potestad ejecutiva, y en la que las córtes no tomaron mas parte que la de dejar á la Regencia obrar en ella con toda libertad. D. Francisco Zea Bermudez habia ido á San Petersburgo como agente secreto de nuestro gobierno, y devuelta á Cádiz en junio anunció que el emperador de Rusia se preparaba á declararse contra Napoleon, pidiendo únicamente á España que se mantuviese firme por espacio de un año mas. Despachó otra vez la Regencia á Zea con amplios poderes para tratar, y con repuesta de que no solo continuaria el gobierno español defendiéndose el tiempo que el emperador deseaba, sino mucho mas, y en tanto que existiese, porque prescindiendo de ser aquella su invariable y bien sentida determinacion, tampoco podia tomar otra, esponiéndose á ser victima del furor del pueblo, siempre que intentase entrar en composicion alguna con Napoleon ó con su hermano. Partió Zea, y su mision tuvo el éxito favorable que á su tiempo veremos, habiendo contribuido desde luego estas halagüeñas esperanzas á fortificar mas el ánimo de los españoles, en medio de los repetidos desastres que experimentaron nuestras armas en el resto de este año, de cuya desagradable narracion nos vamos ahora á ocupar.

